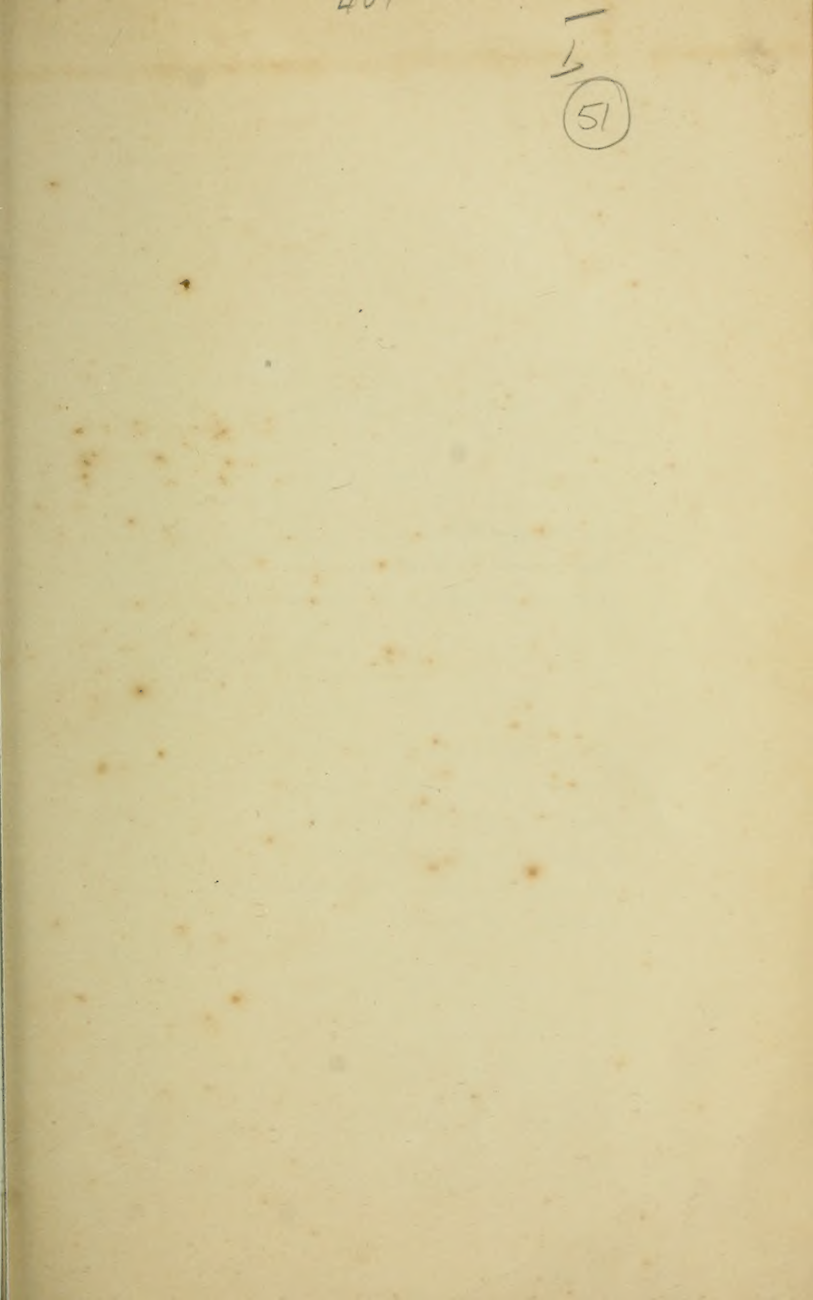

3 1761 07065247 4


51

OBRAS DEL AUTOR

VERSO

Los Espejos. — Poema.

Alma Nómade. — Un volumen.

El Huerto Armonioso. — Un volumen.

PROSA

Cuentos. — Un volumen.

El Color y la Piedra. — Un volumen.

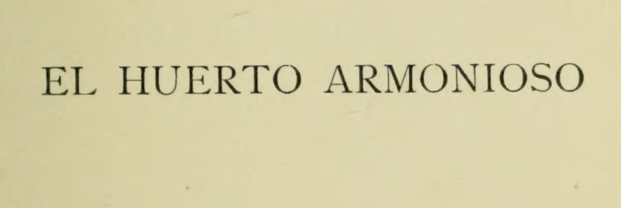
Formas y Espíritus. — Un volumen.

La Voz del Nilo. — Un volumen.

Los Cisnes Encantados. — Pantomima fantástica.

Redención. — Un volumen.

EL HUERTO ARMONIOSO



ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

El Huerto Armonioso



BUENOS AIRES

l maestro

Carlos Guido y Spano.

La Canción del Hortelano.

Hay en el huerto fuente
Melancólica y riente.
Oh! la dulce frescura,
De la armonía alada
Calma la sed, y en irreal hondura
Del cielo ofrece la visión sagrada.

* * *

En rincón oriental de su recinto
Se yergue una palmera,
La cruz y un teberinto:
La divina parábola prospera.
Simula ciprés griego altar glorioso
Y natural del bosque; sobre alfombra
De mirtos, misterioso
Crece, su savia la convierte en sombra,
Y el perfil cupresino

Al dios Apolo de la lumbre nombra.
La rumorosa redondez de un pino
Romano, teje nube
Esmeraldina, sube
La amplia copa, y en cortes escultados
Al límpido azur lleva
Mensaje de los mármoles tronchados.
Sobre un naranjo nieva;
Cantar de los Cantares,
Amor de la nupcial Andalucía,
Retiene en azahares
Claro de luna, lleno de fragancia
Bajo sol de alegría.
Presta á tronco robusto en su elegancia
El muérdago ligero
Purpúrea gracia de flexibles flores;
Es encina de Francia
El árbol hechicero
Que engarza esas sonrisas de colores.
Y las parasitarias
Y los árboles mueve
El aire estremecido, recio ó breve,
Y lamentos y cantos y plegarias,
En las ramas se forman y se esfuman,
Dan palabras al viento y lo perfuman.

* * *

Un ruiseñor lo habita,
Maravillosa cuita
Vuela en los trinos de alado cristal;
Tristeza infinita
En su alma da cita
Á bellos fantasmas de voz ideal.

El pájaro está ciego,
Sus pupilas el fuego
Quemó, pues buscaban las fuentes de luz,
Y sueña, y las cosas
Más puras y hermosas
Resurgen trozando su negro capuz.

Y evocadas las mira
Y por sus notas gira
Rayo de luna de místico ardor;
Y el canto adorable
Ignora, inefable,
En donde el sonido se vuelve fulgor.

* * *

Un gnomo azul disfruta
De perfumada ruta
Senda difícil de escondida gruta.

En su fondo la cueva
De los tesoros, ciega:
Brillo opulento con ardor despliega.

Mas sólo esparcimiento
Da á la vista, y contento,
En las sombras el rico yacimiento;

Pues piedras y metales
Al sol, inmateriales,
Se vuelven refulgencias siderales!

* * *

Pasan dos mariposas
Que fueron de colores
Obscuras como duendes de consejas;
Sus alas armoniosas
Tejen sobre las flores
Tristes palabras con memorias viejas.

* * *

La libélula vibrante,
Más inquieta que luz fatua,
Llega alegre, con cambiante
Vuelo azul hasta la estatua.

Noble se yergue derramando vida
La diosa, estrella por su luz vestida;
Y así cual astro, refulgente y muda
Graciosa impera la mujer desnuda.

Y las rosas y sus tallos,
Porque es noble pensamiento
De divino sentimiento,
La perfuman y la inciensan en sus lánguidos desmayos.

* * *

Es invisible con todo el huerto;
Sin muros, cerrado,
Sin tierra, brotado,
Con júbilo y triste,

Irreal, mas existe;
Y al retornar de su recinto incierto
Vuelven las manos llenas de rimas:
De rimas de amores,
De gozos y lutos,
Hablando de flores,
Hablando de frutos,
Con mil recuerdos de distintos climas.

Buenos Aires.



El Cisne.

Reina el Otoño. El parque pensativo
Se contempla en el lago, los espejos
Al profundo temblor de sus reflejos,
Dan misterioso sentimiento vivo.

Vestida de diamante y de topacio
La friolenta Estación maravillosa,
En las aguas y céspedes reposa
Cual la Bella Durmiente en su palacio.

El sol sucumbe con doradas llamas
Sobre un cisne, surgido del boscaje;
El verdor moribundo de las ramas
Acaricia el blancor de su plumaje.

El cisne boga cual silente arpegio,
Urna es de plata del ensueño alado;
Por la belleza de su luz, sagrado,
Por la elegancia de su cuello, regio.

El cisne sueña. Piensa en la cigarra;
Oye su nota que alababa el limo,
La sangre de las flores, el racimo,
Y el mosto hirviente de festiva jarra.

El cisne sueña. El ruiseñor lecciones
Dió al lago arpa del sol con sus cantares,
Para enseñar las líricas ficciones
Que tejen en lo azul rayos lunares.

Ah! el melodioso resplandor divino
De la cálida noche voluptuosa,
Sutil brindando al resonante trino
La tumba abierta de encendida rosa.

El cisne sueña. Piensa en el tesoro
De la voz de la alondra estremecida,
Muriendo en amplia exaltación de vida
Cual alba roja en el cenit del oro.

Boga el cisne; cigarras, ruiseñores
Y alondras le pidieron un sudario;
Su acento amortajaron los cantores
En la nieve del mudo relicario.

Así el ánfora lleva goce y duelo,
Gloria y pena, mezclando entre sus galas,
Á los cantos magníficos sin vuelo
Los ensueños magníficos con alas.

Refleja en su blancor de cementerio,
De luna espiritual, las leves Horas,
Y se confunden en su gran misterio
Días, noches, crepúsculos, auroras.

El cisne boga; desde un sauce inerte,
Acariciando la divina llave
Libertadora de la voz del ave,
Lo ve acercarse con amor, la Muerte...

HENONCEAU.

La Góndola de María Antonieta.

El museo Marino
Del Louvre, abre camino
Al Ensueño que parte peregrino.

La rigidez inerte
De la materia fuerte
Exhala en el mutismo doble muerte.

No cruzan las gaviotas
Ni dan agudas notas
Sobre el bauprés de las silentes flotas.

Á los rudos alciones
Substituyen gorriones
En las urnas con sol de los balcones.

Reemplaza los olajes
Y los vastos mirajes
La opresión de los muros sin paisajes.

Oh! el dolor sin lamento,
Oh! el épico tormento,
De la inacción mientras resopla el viento!

Evocan los navíos,
Brillantes y sombríos,
Firmamentos, oceanos, puertos, ríos.

Cruzan naves cargadas,
De riquezas soñadas,
Realidades de cuentos de las hadas.

Surgen naves de guerra
Que dieron á la tierra
El ígneo espanto que la nube encierra;

Y con gloria y pesares
Lepantos, Trafalgares,
Al torbellino de los hondos mares.

Orzan rudas fragatas
De velas escarlatas
Cual sangrienta visión de sus piratas.

Van rítmicas cual odas
Á principescas bodas,
Piraguas coronadas de pagodas;

Ante áureos hipocampos
Que entre los remos blancos
Fueron en Grecia de galera bancos.

Viran las carabelas
Que empujaron las velas
Á completar el mundo con sus telas.

Llegan caïques, coro
Que perturbó el tesoro
De Stambul vista sobre el Cuerno de Oro.

Pasa el navío chino
De las Flores, que fino
Lleva el Amor en seno alabastrino.

Las cufas de Basora
De palmera sonora,
Son aves que al girar buscan la aurora:

Auroras orientales
En ríos de cristales
Cadentes de las cunas siderales.

La verdad, la leyenda,
Sobre las flotas, tienda
Construyen, cantan y el Amor su venda

Se quita entre marinos
Acres soplos, salinos,
Y el combo hinchar de los flotantes linos;

Porque gentil y altiva
La góndola, cautiva
Con el espectro de la Reina viva.

El fulgurante lago
De Versalles aciago,
Tiende sus aguas en imperio vago

De realidad que es sueño,
Y la mente beleño
Aspira en el esquife del ensueño.

Su bauprés es sirena
Dorada, con cadena
De delfines; la popa cantilena

Escucha de Cupidos,
Que brindan conmovidos
Á la deidad sus pámpanos floridos.

Pasa errante la brisa
Llevando la sonrisa
De Fronsac amador de Cidalisa.

El soplo de fragancia
Toca con elegancia
Las armas esculpidas de su Francia.

Tiene frescor de fresa;
Ah! cómo suave besa
Sobre el fondo de pálida turquesa,

La corona, el argento
De las lises, y el cruento
Dragón que mata San Miguel contento

La sirena silente
Lleva en seno turgente
El áureo signo de Escorpión ardiente;

Y alzándose sobre ella
Luminosa descuella
La Reina mártir, en la dicha bella.

En el rápido viaje
Su vaporoso traje
Es el alma risueña del paisaje.

La fugitiva estela
Del barco se constela;
Tender el arco de Cupido anhela.

La Gran Cruz de Versalles
Se alarga y finge calles
De perspectivas á los griegos valles;

Á las islas lejanas,
Adonde van lozanas
Las risueñas festivas caravanas;

Y vibra vaporosa
Amante, azul y rosa,
La visión de Watteau maravillosa.

¡Cantad á Citerea,
Su ritmo centellea
Y el mundo alado de las danzas crea!

La góndola entre flores
Convoca los Amores
Y es sonrisa de sol hecha colores.

Dominós de alegría
Le dan algarabía;
Su dicha acrece el esplendor del día.

Suenan los arlequines
Cual Anfión, sus violines
Y brincan encantados los delfines.

Sin ser de noche, trina
Filomela divina,
Al contemplar la Reina en Colombina.

Á su lado fulgura,
Mortaja de blancura,
Pierrot, espectro de belleza pura;

Modulador de un canto
Donde se anuncia el llanto
Velo glorioso de inmortal quebranto.

Oh! góndola vestida
Por la mente encendida
Símbolo augusto de la humana vida;

Tras de llevar vibrante
El poder fulgurante
De una Francia exquisita y arrogante;

Y derramar con gozo
Gracia, pensar radioso:
¿No fuíste sombra y colosal sollozo?

Ah! si en cierta quimera
En Versalles, ligera
Del lago vuelves á tocar la esfera;

No darán los boscajes
De los antiguos viajes
Abates, damas, caballeros, pajes;

Pero la honda tristeza
De tu frágil belleza,
Y la heroica visión de tu grandeza;

Se equipará en la gira,
Mientras Amor suspira,
Con los ensueños que tu reina inspira!

París.



Vía crucis.

La higuera estéril, la inerte
Roca, y el rosal reseco,
Se contemplan en un hueco
Entre silencios de muerte.

Llegan voces fragorosas
Del Huerto de las Olivas,
Donde sombras pensativas
Se estremecen misteriosas.

En el fragor hay gemido,
En el gemido tristeza,
En la tristeza belleza,
Y en la belleza un sonido.

Sonido que es un lamento,
Lamento que es una nota,
Nota de un alma que brota
Y se deshace en el viento.

Mas la higuera con la inerte
Roca y el rosal reseco,
Se contemplan en un hueco
Entre silencios de muerte.

* * *

Hasta los sepulcros baja
Blancor; irradia la luna,
Y mira el valle, cual una
Muerta que en luz se amortaja.

Jesús atraviesa el claro,
Dibujándose divino,
Sobre albo cendal de lino
Con viviente fulgor raro.

No lo acompaña el tumulto
De la guardia y de la plebe;
No turba la voz más leve
Su paso con un insulto.

Silencioso y solitario
Bajo el madero irrisorio,
Viene quizá del Pretorio
Y va en busca del Calvario.

* * *

En los árboles del huerto
El gemido es armonía;
Mirando avanzar al muerto
La sombra cree ver el día.

El muerto bajo la cruz
Va inmaterial, revivido,
Y parece concebido
Por luz de su propia luz.

La visión se allega al hueco,
Al pasar, con la cruz, toca
La higuera estéril, la roca
Inerte, el rosal reseco;

Y se pierde á la distancia,
Dibujando en el camino
Estelas del blanco lino
Con luminosa fragancia.

* * *

En los árboles del huerto
La sutil melancolía
Se transforma en alegría;
Las ramas son un concierto.

Un concierto estremecido
Al contemplar el rosal
Lleno de gracia ideal
Alzándose florecido;

Mientras la higuera radiante
Preciosos frutos inclina,
Y en la roca cristalina
Brota el agua murmurante.

* * *

Pasa el tiempo. Solitario
El fantástico Señor
De claridad y dolor
Busca de nuevo el Calvario.

El huerto exhala el sonido
De sus ramas misteriosas;
Un alma tienen las cosas,
El alma tiene un gemido.

El mártir contempla el hueco
Donde la cruz puso vida,
Flor, fruto, y agua nacida
Del estéril cantil seco.

La linfa triste murmura:
« Hay quien no bebe en mi fuente
Y quien no ve la hermosura
De mi límpida corriente. »

Las rosas no dicen nada
Marchitando su sonrisa
De color, mientras la brisa
Roba su alma perfumada.

En tanto gime la higuera:
« Pasan hombres por las rutas
Sin contemplar que las frutas
Hacen mi rama hechicera. »

El Señor las cosas mira;
Aún más, doblega la frente,
Y volviéndose, silente,
Bajo la cruz se retira.

No busca ya el monte trágico,
Armonioso, sigue bello;
La luna le da un destello
De suave misterio mágico.

Derrama melancolía
Por sobre todo el paisaje,
Se diseña cual celaje
De sobrehumana elegía;

Sin murmurar una queja
Sus ojos funden en llanto,
Y el lino de su albo manto
Irradia mientras se aleja...

JERUSALÉN.



La Meditación.

Surge entre brillos de guirnalda de oro
La niña sobre tétrica negrura;
Tienen sus ojos celestial tesoro
De ensueño melancólico y ternura.
No sé quién la grabó; mas sus destellos
Divinos, por su mística hermosura,
Lo humano buscan al sentirse bellos.
Fosforescencia sepulcral la baña;
Flamea en sus cabellos
Ámbar ardiente de relumbre extraña.
En su casto ropaje
Á trechos vibra misteriosa albura.
¿Marcha la niña en hechizado viaje
Á un país de eucarística blancura?
Lee un libro á todas horas;
Cuando la noche avanza crece pura
La luz de sus pupilas soñadoras.
¿Qué ve la niña de cabellos rubios
Mas allá de la página, entre efluvios
De tardes y de auroras?

Cuando de espaldas su esplendor no admiro,
Temores siento si la busco; creo
Que cruzó por mi estancia cual suspiro
Evaporado en alas de un deseo.
Y flor que en su respiro
Reclama sol para volverse fruto;
Amores de visiones vagabundas;
Extrañas voces, misterioso luto;
Alegre ritmo que soñar anhela;
Arpegios de armonías moribundas;
Le tejen rara estela...
¿En qué contraste misterioso gira?
¿Cuál pensamiento de ilusión la inspira?
Si la encontrara acaso,
Real, por el mundo, ¿fuera
La mujer que la vida reverbera
Bajo sol sin ocaso?
¿Ó intangible enamora
Porque el artista la forjó en aurora
Fugaz de vivo paso?
Á un Bécquer arrogante
De pálido semblante,
Que distracción á su hermosura presta,
Interroga mi alma y no contesta.
Mas cuando el sol sobre su labio, flúido,

Enciende luz de amores,
Centellean sus ojos soñadores,
Con el hondo misterio desprendido
Por la visión de blancos resplandores.
La visión! Su mirada fué mi estrella
Polar, y el mundo recorrí tras ella.
Peregrino del Arte,
Tendí entusiasta, sin soñar con palma,
Armonioso estandarte
Abierto al viento de la fe del alma.
La visión! Reverente á sus antojos,
Dejé notas, pinceles y colores,
Mármoles, rimas, flores;
Obedecí á sus ojos,
Y sobre el gran desierto
Bajo la nube que la vida finge
Busqué los ojos del fantasma muerto.
Mudo como ella abandoné la Esfinge,
Y sentí la tristeza que la luna
Arroja sobre el cuerpo de granito,
Estampando en mi ser con noche bruna
La fatal inquietud de lo Infinito.
La visión! Cuántas veces por la esfera
En los senos de eterna primavera
Que da hermosura á las humanas cosas;

Radiante en velo de divina nube
Más diáfana que místico querube,
La miro en sueños derramando rosas.
Desciende, besa mi cansada frente
Entre el soplar de perfumantes brisas,
Y la esperanza de su voz ardiente
Es cual haz luminoso de sonrisas.
Mas despierto: en sus ojos, la ternura
De ensoñador misterio; la silente
Mueca en su boca, enigma de pavura;
En sus manos, el libro mudo y frío;
En mí, la sensación con la tristeza
De no hallar su expresión de poderío;
Y en el rostro de Bécquer, el hastío,
Quizá pensando en la inmortal Belleza!

BUENOS AIRES.

El ruiseñor melancólico.

De unos ojos refulgentes, azulinos,
Se escapaban hilos leves, diamantinos;
El paisaje era muy bello,
Y la vida de ese llanto
Con su pálido destello
Le prestaba más encanto.

El paisaje era muy bello, y la adorable
Mujer, pálida, lloraba inconsolable;
El crepúsculo moría,
Y ante el llanto misterioso,
El paisaje más hermoso
En la tarde se fundía.

El amante se decía: «¡Triste sino!
En mis labios no palpita sol divino
De venturas sin escoria;
Sol divino que sus lágrimas colore
Y sutil las acaricie y evapore
Entre el alba de una gloria.»

El paisaje era muy bello, la adorable
Mujer, pálida, lloraba inconsolable,
Y las nubes se morían vaporosas:
¿Por qué corre de sus ojos llanto frío?...
No ostentaron nunca perlas de rocío
Las estrellas cual las rosas.

El amante murmuraba: «¡Oh! las estrellas
De los ojos de mi amada, siempre bellas,
Que no vuelva yo á miraros,
Cual un cáliz de dolores
Con el lloro de las flores
En azul de brillos claros.»

Cantó entonces ruiseñor, que si adoraba
Entre rosas á los astros, albergaba
Denso mal de lo Imposible,
No mezclando á sus quimeras armoniosas
La astral luz, ni de las rosas
El perfume indefinible.

Cantó y dijo: «Yo conozco su secreto,
Yo sus lágrimas silentes interpreto,
Las que escondes en tu alma
Son, ¡oh! amante, las que miras en sus ojos,

Tú que cubres los más tétricos enojos
Bajo luz de alegre calma.»

El amante dijo entonces: «Si no miente
El cantor, amada, vierte tu silente
Noble llanto cristalino;
Busca Amor en lo imperfecto lo absoluto,
Lo inmortal en el pasaje de un minuto,
Y en lo humano, lo divino.

Llora, amada, como llora entre las flores
El cantor que á las estrellas gime amores
De nostálgicos enojos;
Que aunque llores hasta el fin de la alameda
Ya mi voz no volverá á decirse queda:
¿Por qué llantos en sus ojos?»

El paisaje era muy bello, y la adorable
Mujer, pálida, lloraba inconsolable,
Más que nunca misteriosa:
En el fondo de la selva aparecía
Como nimbo de su gran melancolía
Blanca luna silenciosa.

Saint-Germain.

Visión.

La Musa del Otoño resplandece
Con los blancores de su traje suelto;
El claro de la luna se embellece
Sobre su cuerpo esbelto.

Apoya su cabeza
En viejo tronco de robusta encina,
Y es mujer que hace diosa, la tristeza,
Con expresión divina.

El arpa estéril en sus manos gime,
Porque la toca el cierzo revolante,
Mientras al bosque imprime
Murmurio suspirante;

Y es su hermosura tal, que, conmovida,
Le dice el alma con acento alado
Creyéndola una fuente de la vida:
— «Mujer, ¿por qué has callado?

Aunque el Otoño que en tu ser alojas
Reine en el árbol, canta, y tus dolores,
Tendrán en vez de las marchitas hojas
Para vestirse, flores!»

Blois.



La Culpa de las Rosas.

Rumorosos regocijos,
Risotadas, roncas voces,
Rostros tristes y pintados,
En cristales rico zumo,
En cabezas muchas joyas,
Movimientos febriles entre el humo.

Los espejos, contemplándose
Entre nieblas luminosas,
Multiplican flores de oro,
Que por sendas de alabastros
Vagarosas, impalpables,
Los nimbos buscan de invisibles astros.

Mil acuáticos reflejos
De las plantas, languidecen
Sobre vasos marfilinos
Con nostalgia silenciosa,
Y en un vals alegre suena
Alma errante de vida dolorosa.

Es un sol de la armonía;
Nieblas rompe, flota, y hace
Blanca luna de tristeza:
Flor vibrante que, en la angustia
Por que escapan sus aromas,
Pierde el matiz palideciendo mustia.

Los acuáticos fulgores
Se enardecen y chispean,
Y una góndola de ensueño
Cruza ignoto lago inerte;
¿Qué se lleva de la vida
Hacia el mar infinito de la muerte?...

Lanza el vals un clamor raudo,
Gimen hondos sus contentos,
Lentos ríen sus sollozos
Y su ráfaga hermosea
El recinto, entre la lumbre
Maravillosa, que su canto, crea.

Vibran plantas, focos, flores,
Los cristales, los reflejos
De las lunas, y la niebla,

Con el viento alucinante
De armonía luminosa
En que sonríe el alma sollozante.

Azul góndola invisible,
Bello espectro de cadencias,
Ideal góndola sonora:
Por ignoto lago inerte
Dí: ¿qué traes á la vida
Desde el mar infinito de la muerte?

¿Eres cárcel armoniosa
De un espíritu de virgen
Que el Amor creyó divino;
Y en su alegre primavera
Al tocarlo sobre el mundo
Se murió con la luz de su quimera?

¡Bello esquife melancólico
Y zafíreo entre las ondas
Intangibles y vibrantes!
¿No hay quién hable en tu soñado
Felse fúnebre de quejas,
Entre la luz del movimiento alado?

Tiemblan tenues los arpegios,
La agonía susurrante
Del postrer acorde canta:
«¡Ah! guardad las misteriosas
Confidencias de su muerte;
Tuvo la culpa su jardín de rosas!...»

Cesa el vals, en el silencio
Del vacío de los sones
Tiende el humo las espiras;
Y en la atmósfera pesada
Del café galante, vuelve
Á vibrar una ronca carcajada.

París.



Á Paderewski.

El espíritu evoca
Esencias de las flores,
Mientras lanzas vibrante
Los extraños *Estudios,*
Las *Poloncsas* vivas,
El encanto genial de los *Preludios.*

Evoca cual las rosas
Comunican secretos
Del corazón fragante,
Á mordientes vapores
Que impregnan sus espiras
En aliento sutil de los olores.

Evoca los jazmines
Marchitos sobre grasas,
Y muertos en la lucha,
Cual cisnes dando notas
Más blancas que su nieve
Á los perfumes de las frescas gotas.

Evoca las violetas;
Su martirio en el fuego,
Y el licor concentrando
Su confidencia alada,
En perla sonriente
Á la gloriosa evocación de un hada.

¡Ah! las gotas que caen
En cristalino vaso,
Son adiós á los soles
Con penas misteriosas,
Y encierran toda el alma
De jazmines, violetas y de rosas.

Así las sensaciones
De Chopín, estrujadas
Por júbilos, angustias,
Y fiebres de agonía,
Dieron en vez de aromas
Maravillosas perlas de armonía.

Esas sutiles tramas,
Donde palpita vivo
El Ángel con el Hombre

En inefable esencia,
Revelan, grande intérprete,
Por ti el mundo de su honda transparencia.

Enalteces las notas;
Tus manos, tal las manos
Del Amor y la Muerte,
Exprimen cual Destino
Con violencia y dulzura
La flor humana de brillar divino.

Y se aroman tus dedos,
Los perfumes expandes,
Y hechizas nuestras almas,
Al dar acento á cantos
Que son visibles lunas
De sol oculto en misteriosos llantos!

París.



La nota.

Un dedo distraído la arrebató del arpa;
Gimió por un instante y se alejó temblando,
Vibró por un momento y se extinguió soñando
Con lo que pudo ser:

Arranque de los gritos de la pasión de un alma,
Acento de tristeza, acento de alegría,
Preludio de un idilio, final de una elegía,
Suspiro de mujer.

Lamento de la tarde, destello de la aurora,
Furor de la tormenta, murmurio de la brisa,
Vibrante voz del llanto y cascabel de risa,
Partícula de amor;
Rugido de las fieras, arrullo de paloma,
Frescura de los prados sintiendo el sol divino,
Y bajo de la luna y su dolor un trino
De excelso ruiseñor.

Espuma del torrente, del mar y la cascada
Corriendo entre los cantos gozosa ó tristemente,
Inmóvil en el lento murmurio de la fuente
Que esconde su raudal;
Sagrado son que sube de la ideal campana
Hacia la estrella viva, hacia el azur y el viento,
Llevando la plegaria de luz con un acento
Humano y celestial.

Nota apenas nacida sobre ti misma muerta;
No llores tu destino semejante á un perfume,
Que sin sentido brota y vive y se consume
Al salir de la flor.
Tu sueño de ser átomo vibrante de una idea,
Perdióse fugitivo con ansia misteriosa,
Y es lo mejor del mundo, siendo nota armoniosa,
Morir cual un fulgor!

París.



Puesta de sol.

El sol baja lentamente, no hay en torno ni una nube.
De los cielos á las aguas
Llueven oros inflamados al romper divinas fraguas
Y en el mar fulgor sangriento flota, tiembla, canta y sube.
En las jarcias del navío gime el viento;
Los pentagramas salvajes
De las cuerdas, dan al tétrico lamento
Mil palabras misteriosas que se llevan los olajes.
Mujer pálida y hermosa,
Sin perder en los vaivenes su hierática figura,
— Tal la santa del bauprés en la escultura —
Mira el astro silenciosa.
Mira el astro, rey que huyendo de la vida
Se hace monje solitario,
Y se funde sin cortejos en la mar estremecida
Y halla en púrpuras y armiños la apoteosis de un sudario.
Cuando el disco se evapora, la mujer con un pañuelo
Animada lo saluda,
Y después por la cubierta desparece siempre muda,
Concentrando las tristezas del crepúsculo en su duelo.

Corre el Tiempo, mas no borra la visión de aquel ocaso;
En la vida, cada vez que siento el paso
De dolores moribundos sin hablar dentro del alma,
Miro el buque, y veo erguirse en la paz de su honda calma
La viajera pensativa, saludando al sol hundido,
Mientras dan al triste viento los pentagramas salvajes
Mil palabras sin sentido
Que, en tumultos misteriosos, arrebatan los olajes.

BUENOS AIRES.



Á la alondra.

Alondra amiga de las albas puras,
La ventana está abierta á las venturas
Del matinal jardín;
Tus alas leves en sus labios posa,
Y aspira su sonrisa voluptuosa
Cual si fuera un jazmín.

Escucha el ritmo de su sueño de oro,
Y te dará su juvenil tesoro
Un alba virginal;
Despiértala con rumoroso vuelo,
Y en su mirada encontrarás el cielo
De esplendor estival.

Entonces, mientras besa su morada
El astro que tú adoras, embriagada,
Oh! mi amiga, de ardor,

Desatando el raudal de tu armonía,
Canta aquello que es más que el sol y el día,
Canta, alondra, el Amor.

Canta el Amor, cuya belleza viste
El sol gozoso con la luna triste
En perfecto fulgir;
Canta el Amor, cuyo color es cierto,
Y su perfume indefinible, abierto
Á infinito zafir.

Canta el Amor de misteriosa lira
Que cuerpo, mente, y corazón inspira
Con supremo fervor;
El Amor que concentra en un minuto
La eternidad como divino fruto
De nuestra humana flor.

Después, alondra de las albas puras,
En un supremo arpegio, sus ternuras
Recoge, y, al volar,
Sea tu voz más dulce que el rocío
Y vuelve exhausta sobre el pecho mío,
Amiga, á reposar.

Yo te diré: si sucumbir prefieres
Derecho tienes á morir, pues mueres,
Alondra, de ilusión,
Tras de haber aprendido, conmovida,
El himno azul de la suprema vida
Sobre su corazón.

COMPIÈGNE.



Canción otoñal.

Aleteante golondrina,
Mi vecina,
Que gorjeas en la rama,
Ya las nubes vaporosas
No son rosas
En crepúsculos de llama.

Ya las hojas languidecen
Y se mecen
Al compás de una elegía,
Y su tinte amarillento
Es lamento
Del color que pierde el día.

Ya el otoño ríe y llora
Y la sonora
Voz del cierzo con anhelo
Dice al cisne: «Nada hermoso,
Presuroso,
Pues avanza el duro hielo.»

Armoniosa golondrina,
Mi vecina,
Parte, y sé la mensajera,
Del genio que aquí por Mayo
En su rayo
Vierte sonrisa hechicera.

No me importa que te alejes
Y me dejes,
¡Oh! vibrante peregrina,
Pues que tengo en la morada
Rosa y hada
Mi perpetua golondrina.

La que es dulce compañera
Primavera
De mi alma y del quebranto,
Que en la nieve pone flores,
Y fulgores
Da al invierno con su canto!

Fontainebleau.

Evocación.

Sal á tu ventana, bella castellana,
En mi alma hay un árbol nupcial que está en flor,
Y el alma me dice: «Mirad la ventana
Yo soy trovador,
La copa del árbol feliz se engalana
De luna y ensueño, canta un ruiseñor!»

¿Que no hay tal ventana? ¿Que no hay castellana?
¿Ni fuente, ni flores, ni luna y jardín,
Ni torre cercana, ni torre lejana,
Ni espejos del Loira, ni voces del Rin?
Lo sé, y en mi alma por eso agonizan
Con el trovador,
Radiosas quimeras que espiritualizan
El aire, la luna, la fuente, la flor.

Y pasan guerreros con sus armaduras;
Y brillan en vidrios mil vírgenes puras;
Las épicas trompas anuncian torneos;
Los órganos vibran sus himnos febeos

De vida, esperanza, consuelo y amor;
Los ángeles cruzan al ras de una estrella,
Y tornan de lo alto la Vida más bella
Y alumbran la Muerte con vivo fulgor.

¡Oh! mi castellana, sal á tu ventana,
Yo soy trovador,
Y el árbol florido feliz se engalana
De luna y ensueño, canta un ruiseñor!

Buenos Aires.



Nenúfares.

El cielo sobre el agua azul fulgura;
Entre dos infinitos va flotante
Un nenúfar de vívida verdura
Que opone el lago á la gentil blancura
De nube hermosa en el cristal errante.

Es inmenso y parece en la armoniosa
Soledad, perseguir con lento giro,
Las huellas encantadas del retiro
De una invisible ninfa misteriosa
Transparente en el fondo de zafiro.

Son sonrosadas las vivientes flores
Que en el costado de la aurora lleva,
Azules con risueños esplendores
Las que á la luz del occidente eleva,
Y murmuran y cantan los colores:

«Tan solo una verdura nos inflama
Como dos haces de la misma llama,
Pues se unen al bogar nuestras raíces...»
Un solitario pescador exclama
Remando en otra dirección: «Felices!»

Lago Bourget.



Alucinación.

Los muebles esculpidos; las bujías
En candelabros ígneos; cacerías
Del Amor entre ninfas errabundo;
Espadas, armaduras, borgoñotas;
El clavicordio y su dormido mundo
De fantasmas, de sueños y de notas;
Viejos ropajes de bordados linos,
Púrpura y seda; tocas, gobelinos;
Todo vibró como sutil salterio
De fúlgido misterio;
Y en férvido arrebato,
Á través de los siglos, dióle cita
El modelo viviente de un retrato
Al alma antigua que en el ser palpita.

Feliz corrí á la catedral gloriosa;
Mas no acudió la pensativa dama.
El sol, ardiendo con divina llama
En las vidrieras, inflamó la Rosa.
Y más allá, las vírgenes dolientes,

Vestidas todas de violeta en duelo
Alzando nobles las sagradas frentes
Clamaron entre nimbos esplendentes:
«La cita hermosa la relega al cielo.»

Incliné la cabeza
Sobre un sepulcro, penetróme el hielo
De un ángel de granito,
Y sentí la tristeza
De no ser, presintiendo lo infinito,
Ese rayo de sol y de pureza
Que estampaba en el vidrio su belleza
Con los chispazos de silente grito.

Orleáns.



Espectro de oro.

Espectro de lumbre de oro,
Cante el coro
De las Gracias en tu honor,
Diga el poder de tu llama
Y quien ama
Beba sol en tu fulgor.

Espectro de mente de oro,
Tu tesoro
Brinda con voz de cristal,
Y acaricia seres, flores,
Derramando los colores
De tu lírico raudal.

Espectro de risa de oro,
Vibre tu encanto sonoro
Tal un sensible broquel;
Puesto que la vida es fiesta
Forme un arpegio de orquesta
Tu voluble cascabel.

Y que el oro de esa risa
Y de tu voz que se irisa
Se resuma en sólo un haz;
Espectro de oro esplendente
Con reflejos de la mente,
Vive fundido á mi faz.

Pero no digas al mundo
Tu cuna de amor profundo;
Y que nadie pueda ver
Cómo recoges el oro
En las arenas de un lloro
Río oculto de mi ser!

Buenos Aires.



Don.

Le dijo un genio: «La ficción gloriosa
Es hija de mi magia luminosa.
Hice morir á Ofelia
Y arranqué de su frente una camelia
Con perfumes de su alma misteriosa.
Observa su blancura,
Ella hará refulgir tu fantasía;
Olvidarás las horas de amargura
Ante una estrella que le presta el cielo
Enamorado de su albor, al día.
Temple la lira tu divino anhelo,
Temple la lira tu inquietud humana,
Y al aspirar este perfume, sea
Tu canto azul, consoladora tea
Que da á la noche la feliz mañana.

Aquel poeta avaro
Guardóse el don tan raro,

Murióse, y muerto, con la flor reposa.
Oh! dolor, ya no existe la camelia
Que perfumara el alma misteriosa
Crepuscular de la divina Ofelia!

París.



Gnomo.

Gnomo risueño y azul,
Mi quimérico tesoro,
Teje á mi espíritu un tul
Entre tu niebla de oro.

En un ópalo tu brillo
Condensa, nieve y carmín,
Cintilante sobre anillo
De tu hechizado jardín;

Y que tenga en su fulgor
Una virtud peregrina,
De la lámpara divina
De Aladino tu señor.

Que el talismán se hermosee
En mi mano, como sello
Del amor, que me posee,
Con un cambiante destello.

Si Ella sufre, lance en vivo
Y misterioso desmayo,
El más penetrante rayo
De la luna, pensativo.

Si Ella ríe, con encanto
Del fuego de su arrebol,
Despida rayo de sol
Que aspire á volverse canto.

Mas ¡ah!, mi gnomo gentil,
Qué hacer, ¡oh! ingrato tesoro,
Si ya veo que sutil
Te vas en la niebla de oro.

París.

Busto.

En el rincón, la planta
Con sus rayos de estrella esmeraldina,
Del vaso se levanta
Y sobre un busto de mujer se inclina.

El mármol misterioso se ilumina,
Suave fulgor de su matiz encanta,
Y el sueño que adelanta
Sobre la luz de su perfil culmina.

Y á cada movimiento de la puerta,
Que tenue brisa en el salón despierta,
La planta al busto le acaricia el ceño;
Mientras tierna sonrisa voluptuosa
Cual vagabundo espíritu del sueño
Sobre sus labios de coral se posa...

París.

Nocturno.

El estanque resplandece entre mohedas;
Y tamizan con finísimo cendal
Sus negrores azulados de cristal
Los fantasmas de las mudas arboledas.

Las montañas de la luna en altos lejos
De torrentes opalinos, hacen fragua,
Y se elevan á los montes, desde el agua,
Añoranzas y reflejos.

Flotan rosas, bogan cisnes. La blancura
De las aves brinda al astro,
Casi llena de ternura
Suave tumba de alabastro.

Son esfinges de un divino cementerio
Esos cisnes, y, al nadar entre las rosas,
Siete cuerdas de la Muerte, silenciosas
En la lira del Misterio.

Á las flores las levantan en los picos
Cual plegarias de la noche, que se asombra
De su vida, y así forman abanicos
Á los sueños de la luna y de la sombra.

Cada rosa á cada rayo de los cielos
Su brillar ofrece tenue; mas abiertas
Por los picos, á sus hálitos dan vuelos
Y retornan á las linfas como muertas.

Esas brisas se entremezclan olorosas
Á las lumbres, y con vívida fortuna,
Los perfumes desprendidos de las rosas
Son las alas de los rayos de la luna.

El ambiente prestigioso, cual sensible
Vasto acorde, por do cruza la tristeza
De lo ignoto, del amor, de lo imposible,
Del recuerdo, de la luz, de la belleza;

Del anhelo misterioso, que es angustia,
Al buscar en lo divino su miraje
Hace intenso, con el alma viva y mustia
Del poeta, la dolencia del paisaje;

Pues cual cisne boga el alma; cual las flores
Vierte aromas; y es la triste transparencia
De la luna, siendo al fin la inteligencia
De perfumes, aguas, rayos y colores.

FONTAINEBLEAU.

Invierno.

En profundo reposo,
El lago silencioso
No hace sentir su vida, melodioso;

Es de hielo inclemente
Y algún cisne doliente,
Callado, mira el cielo displicente.

Los árboles escuetos,
Desnudos esqueletos,
No cuentan al que pasa sus secretos;

Como lo hace en verano
Su gran ramaje ufano
Arpa del aire el de invisible mano.

Todo el parque medita,
En la calma infinita
Ni el eco leve de un rumor palpita;

Y la naturaleza
Vestida de tristeza,
Se adormece con sueño de belleza.

* * *

En el castillo, anciana
De cabellera cana,
Es la voz del invierno soberana;

Pero feliz, riente,
No contrista á su gente
Y hay luz de amor en su arrugada frente:

Amor á tradiciones
Que en amables legiones
Brotan al son del fuego en los tizones.

Amor á las bravías
Elásticas jaurías
De salvajes ardientes cacerías.

Amor á las tremendas
Religiosas contiendas
Y á sus cantos de místicas leyendas.

Amor á caballeros,
Damas, aventureros,
Dragones y gigantes y hechiceros.

Amor á los colores
Los frutos y las flores
Del huerto de los dulces trovadores...

Habla, y la chimenea
Más vibrante chispea,
Y el grupo de los niños la rodea.

Los pintados abuelos
También, cual los chicuelos,
Esbozan sus sonrisas de los cielos.

Y hasta el sol, con raudales
De pálidas señales
Dibujándose en nítidos cristales,

Filtra helado de afuera,
Y parece que oyera,
Gozoso, calentándose en la hoguera!

LE PONT-JARNÓ.

Espectros.

El rincón de la penumbra misterioso
Tiene un mundo que palpita en el reposo,
Porque sueña dormitante;
Las figuras de los vidrios, sensitivas
Á la lumbre, se disuelven pensativas
En la noche avasallante.

Se dibuja un bastidor entre dos ruecas
De que penden, semejantes á hojas secas,
Varios hilos de colores;
El tapiz es de la gracia amable centro,
Desgarrado cual bandera en un encuentro
De marquesas con Amores.

El silencio del palacio se amortaja
En la seda de los muros y en la caja
De dormido clavicordio;
Quiere hablar, cuando el viajero lo despierta
Con su paso, y el discurso de su alerta
Se disipa en el exordio.

El Silencio es el hermano predilecto
De la Muerte, y en la sala, tan perfecto,
Que se antoja concebido
Por el Tiempo que ha pasado irrevocable;
Mas no puede en sus entrañas, venerable,
Engendrar piadoso Olvido.

Pues si gélida la luna entre las rejas
Filtra y dice misteriosa las consejas
De su lumbre funeraria,
El Olvido se transforma en ser viviente
Anhelando ante las cosas una mente
Que le diga una plegaria.

En los vidrios fosforecen las figuras
De tristezas luminosas, sueñan puras,
Y refieren lo pasado,
Mientras abre el bastidor entre las ruecas
Vivo espectro, que pretende con las secas
Hojas dar fin al bordado.

El espectro se humaniza por su duelo;
Es mujer que el llanto ciega, y en su anhelo

Equivoca los colores;
Y así nunca acabaráse la bandera
Destrozada en una lucha placentera
De marquesas con Amores.

MALMAISÓN.

Oyendo un canto de Lulli.

Todo gime con tristeza.
En el parque mortecino,
Agoniza la belleza
De las flores sin destino.

Todo gime entre las notas.
Los arpegios se conciertan
Y murmuran las ignotas
Añoranzas que despiertan:

Á los pajes y señores,
Á las nobles damas lindas,
Y los locos ruiseñores
Con las rosas y las guindas.

Murmurando madrigales
Van y vienen las parejas;
Sobre frútices nupciales
Ebrias zumban las abejas;

Vibra el soplo de la vida
Sacudiendo las estatuas;
Vibra, y lánguido convida
Á danzar, cual luces fatuas,

Al enjambre de los muertos
Que, vestidos de matices,
Se disuelven como inciertos
Pavorosos monjes grises.

Las estatuas con el manto
Pensativo de la hiedra,
Al silencio de su piedra
Lo convierten en el llanto

De otra Francia agonizante;
Y profanas, con dolor,
Son las cruces del galante
Cementerio del Amor...

Ya es el canto, tenue brisa,
Ya se lleva las visiones,
Y cual eco de sus sones
Nos regala una sonrisa;

La sonrisa misteriosa
De lo muerto que aun existe:
Deslumbrante mariposa
Con un alma vieja y triste.

PARÍS.



Nocturno.

Lejos, lejos de sus lares,
Por el río, sin cantares,
Va la barca al infinito y á la muerte de los mares.

Y en la barca silenciosa,
Solitaria y armoniosa,
Va la dama, misteriosa, porque es triste siendo hermosa.

Va la joven recostada,
Y la bóveda estrellada
Se refleja en el mutismo de su mente iluminada.

¡Ah! los astros de su mente
También buscan la corriente
Tras de dar á su mirada la tristeza inteligente.

¡Ah! los ojos resignados
Cuál contemplan enlutados
Los ensueños moribundos por las aguas arrastrados!

La ribera con aliento
De mil flores, dice un cuento,
Vagaroso sin palabras, disipado en un lamento.

¡Ah! la joven todo mira
Y se calla, como lira
Que saluda, en sus mutismos, el silencio que la inspira.

Mas no ve que de un boscaje
El Amor vuela al paisaje,
Toma un rayo de la luna, lo saluda como paje,

No lo teje cual capuz,
Quiebra el hilo de la luz,
Y construye con dos rayos el emblema de una cruz:

Cruz divina, cruz radiosa,
Que con gracia misteriosa
En su frente de viajera, pensativa y triste posa!...

Malmaisón.



Invitación.

Los agrios yermos aré
Y los árboles podé
Tiernamente;
Cuando la lluvia faltaba
Con la linfa los regaba
De mi fuente.

Pues cual viejo labrador
Tu poeta, con amor
Ha querido,
Ofrecerte las amables
Primicias, tan agradables
Al sentido.

El sol, sonríe en la esfera,
Mandando la primavera,
Y al vibrar,
El alma convierte en lira
Y á la lira que suspira
En cantar.

Y los cerezos ferales,
Con mantos de cardenales
Entre las brisas salmodian,
Y naranjos y perales
Con sus blancores nupciales
Los custodian.

¿Por qué esperar que las flores
Cambien al sol los colores
En aroma, carne y miel?
Con vivos ojos de fuego
Llega y mira desde luego
Mi plantel;

Y las blancuras nupciales
Y las púrpuras triunfales
Darán fruto,
Reconcentrando, amor mío,
La primavera y estío
En un glorioso minuto.

Buenos Aires.



Diana.

¡Ah! la sedosa cabellera bruna
Y sus azules ojos, y sus manos
De ardiente sangre con brillar de luna;
Mas no! de los imperios soberanos
Del sol, no baje evocación divina,
Ella es el universo en mi retina.

¡Ah! el misterioso ritmo que la mueve
Reflejando en contentos y en pesares
Latido de onda poderosa ó leve;
Mas no! de la grandeza de los mares
No brote imagen, para darle encanto,
Ella es el infinito de mi canto.

¡Ah! el hielo de sus dientes, que se irisa,
Pues al fundirse en la purpúrea boca
Alegre exhala espiritual sonrisa;
Mas no! del monte que la nieve toca
Y el fuego anima, bórrese el miraje,
Ella es suprema, mi único paisaje.

¡Ah! el dulce aroma de su fresco aliento
Como perfume de corola ungida,
Y el ruiseñor de su armonioso acento;
Mas no! no hay flor que luche con su vida,
Ni ave que preste á su cantar arpegios,
Ella es el parque de mis sueños regios.

Cual Lope y Calderón no quiero rimas
Que la comparen á luceros, rosas,
Mieles, perlas, diamantes, bosques, cimas;
Si yo saludo el sol, es que gloriosas
Sus lumbres algo me recuerdan de ella,
Como el volcán, la flor, el mar, la estrella!

Buenos Aires.

Desde la orilla.

Suenan músicas vibrantes en la góndola de oro,
Hay faroles en las jarcias, hay tapices, canta el coro
Y es la góndola un dragón,
Las mujeres se dibujan más hermosas que sirenas,
Y en el cielo, entre los astros, una nube finge almenas
De soñado torreón.

Se oyen voces y palabras de alegrías resonantes,
Las palabras son sonrisas, son jazmines, son diamantes,
Con perfume, con fulgor,
Y retejen las guirnaldas invisibles y divinas,
Que las almas embriagantes y las bocas purpurinas
Dan al himno del Amor.

En la orilla, entre la sombra de los árboles discreta,
Ve el dragón de las canciones alejándose un poeta,
Y no pulsa su laúd,
Ve el dragón con la tristeza de la noche ante la aurora,
Y en sus ojos fulge el alma del recuerdo, mientras llora
Su lejana juventud...

Y la góndola se esfuma, y se esfuma coro y brillo,
El poeta mira el cielo, donde fingen un castillo
Los celajes, y su voz,
Recobrando la alegría, himno eleva á castellana,
Que sonríe misteriosa en fantástica ventana
Á los filos de una hoz.

BUENOS AIRES.

Otoño.

Punza inclemente el acerado frío.
El bosque se despoja
Del último ropaje, y en la hoja
Muere cantando, el alma del estío.
La Ninfa de la selva se adormece
Junto á la fuente, y el rumor la mece
Dando á sus pies la claridad del cielo:
El agua piensa en el azul de aurora,
Azul perdido cuando nace el hielo.
Á su lado devora
Fauno procaz, las uvas que le restan,
Y de sus dientes al crujir contestan
Con su crujir las ramas. En su sueño
La Ninfa el frío de las aguas siente,
Transfórmase en estatua de la fuente,
Pero es su mármol, cual sensible leño.
Pensativa y esbelta,
Ya rígida, y envuelta
Por crespo manto de verdosos rizos,
Evocará lejanos paraísos,

Y en el silencio triste,
Encantado por su alma adormecida,
Vivirá más hermosa que la vida
Con luz que sólo en el soñar existe.
Semejará ante el hielo
Petrificada sombra
Que un ave á veces nombra
Parando en su hombro el aterido vuelo.
Dormirá hasta que aleje
Su rudo aliento la invernal neblina,
Y de ser ella deje
Humana estatua por mujer divina.
Mujer resucitada,
Estrella, flor, y hada,
Futuro sol de férvidos amores,
Cuando rían del agua los rumores,
Y el fauno trueque con fecundo limo
Entre el bullir de savias misteriosas,
La elegía del último racimo
Por la canción de las primeras rosas.

Fontainebleau.

Primevêres.

L'arbre sent palpiter comme un flot de tendresse
Qui monte vers le ciel, ainsi qu'une caresse
Sur la branche engourdie aux grands froids de l'hiver.
L'azur est un sourire épanoui dans l'air,
Et dans l'ombre, en mystère invisible, la sève
Évoque le sourire et son frisson qui rêve,
Prend au ciel la beauté, prend à l'eau le murmure,
Et belle, en fremissant se transforme en verdure,
Et fait la feuille éclore et la fleur et le fruit
Pour exalter le jour et pour sacrer la nuit.
C'est le printemps d'azur, c'est la saison nouvelle,
Et tout chant a l'ivresse amoureuse d'une aile
Qui cherche quelque étoile après avoir touché
Les fleurs, par le chemin des grâces recherché.
Les oiseaux sur la branche hospitalière et souple
Font de leur voix un chœur à la gloire du couple,
Célébrant en leur joie et la vie et le jour,
Lorsque dans l'âme éclate un mystère d'amour.
Parmi l'enchantement de la terre, au milieu
De l'allégresse du soleil au fond des cieux,

Tandis que mille fleurs ont paré le village,
Je regarde au couchant rose du paysage
Des communiantes la grave procession
Semant leur neige pure en de lègers flocons.
Attiré par le voile en blanche mousseline
Je n'exalte plus le bourgeon de l'églantine;
Car je sens de l'enfant priant la Sainte-Vierge
L'âme blanche brûler comme celle d'un cierge.
Ah! le divin moment! Je salue en vos yeux,
Passantes, la tendresse ineffable de Dieu
Qui fit le doux printemps pour le bonheur du monde.
Elle va la procession sereine et blonde...
Et parmi le concert des vivantes couleurs
Elle vous donne au cœur comme un désir de pleurs.
Oh! sa lueur mystique au milieu de ces roses!
Oh! douce vision de paix qui nous repose
Comme à l'œil fatigué la verdure des branches;
Béni soit ce printemps où la lumière est blanche!

CHAMPDENIERS.



Sur le seuil.

Un jour où je sortais d'une inmense tristesse,
Un jour plein de soleil, doux comme une tendresse,
Je te vis sur le seuil obscur d'un temple vieux
Qui souriais ainsi qu'un printemps radieux
Fleuri par l'espérance et l'encens de la messe.

Lentement, tu marchais souple comme une lame,
Et nuançant l'azur reflété dans mon âme
Avec cette splendeur de ta beauté qui chante.
Je sentais que l'Amour te voilait de langueur,
Tes grands yeux se fermaient amollis de douceur,
Et tout à coup ta voix me parla, caressante.

Mais comme un cygne, hélas! tu t'éloignas, ma fée.
Je restai l'âme par ton âme parfumée
Te suivant comme une aile onduleuse d'amour.
Je vis qu'en s'inclinant se détournait ta tête
Cette tête qu'illuminait l'éclat du jour
Avec l'enchantement d'un songe de poète.

Je pensai: le rosier avec ses fleurs mi-closes
S'élève au ciel, gracile et fort, mais si les roses
Glorieuses s'ouvraient on le verrait penché.
Ainsi l'amante fière et lente en son allure
Lorsque les rèves d'or éclairent sa figure
Incline son visage au poids de leur beauté.

París.



Ophélie.

Dans l'angoisse fébrile, aux ténèbres du drame,
Un rayon de soleil passe: c'est Ophélie,
Qui vient repandre comme une douce harmonie
Où le rêve de l'Ange est l'amour de la Femme.

Vierge pure au milieu de cette cour infâme,
Écume d'or qui luit sur la bourbeuse lie,
Les roses du jardin que touche sa folie
Ont un nouveau parfum où s'exhale son âme.

Elle va, vers la Mort, le front paré de fleurs
Que perlent çà et là tant d'invisibles pleurs
Du poète charmé de sa vision claire.
Mais noyé dans le lac, le rayon de soleil
Reflète sa lueur, dans cette eau de sommeil,
D'oú resplendit le spectre immortel et lunaire!

París.

Le cygne.

Je vois, réelle illusion!
Un cygne vetu de clarté
Par le charme de sa beauté
Tel que le lys de Salomon.

D'un vase grec la courve insigne
Allonge son beau col en anse;
La grace de la vielle France
Se révèle en sa noble ligne.

Et l'on croit voir sur son passage
Au son des languides gavottes
Resplendissante dans les notes
Une reine qui suit un page.

D'un vieux temps glorieux enfui,
Plus encore que l'élégance
Et le charme et la nonchalance,
C'est un symbole d'Infini;

Car il est un songe réel
Fait de chair, de cœur et de flamme,
De mystère, d'amour, et d'âme
Entre la terre et le grand ciel.

Et je le regarde en silence
Au bord de ce lac embaumé,
Où sa vision m'a charmé
Et dans ma tristesse je pense:

—Quelle âme pourra, pèlerine
D'amour et d'une aile hardie,
Vers lui voler, à sa divine
À sa mourante melodie?...

CHENONCEAU.



Madrigal.

Tu m'es la flamme inspirée,
Tu m'es la source sereine,
La Beauté te fit ma fée,
Et le Destin ma marraine.

Sans toi ma fleur de pensée
Perd l'éclat de son haleine,
Mais redevient parfumée
En t'évoquant, douce reine.

Remplis de tendres aveux,
Ô tourne vers moi tes yeux...
Donne la vie à mon rêve
Par ton rayonnant amour:
Si le soleil ne se lève,
Crois-tu possible le jour?...

París.

La lira.

Con los perfumes del huerto
La bella noche respira;
El poeta vaga, gira,
Detiene su paso incierto;

En hondo silencio mira
Colgando de un árbol yerto,
Como fruto aislado, muerto,
La que fué su alegre lira.

Finge el instrumento de oro
Un pentagrama sonoro
Que amó en vida la doncella;
Y entre dos cuerdas, cual nota
Del canto que ya no brota,
Palpita una blanca estrella!

Buenos Aires.

En el bosque.

Bajo la verde enramada
La virgen dormida sueña;
En su frente se diseña
Nimbo de luz perfumada;

Con los colores de un hada
Sale vivaz de la breña,
Ebria de lumbre risueña
Linda libélula alada.

Y acaricia á la durmiente,
Que se despierta riente
Pensando con dulce amor,
Mientras al insecto mira,
Que tiene (y por eso él gira)
En los ojos fresca flor...

Buenos Aires.

El último poeta.

En el jardín prisión de su destierro
Murió la dulce joven adorada.
El solitario soñador su entierro
Dispone en la prisión, que, perfumada,
Le diera el rey de corazón de hierro.
Fué la joven la más esplendorosa
Sonrisa de la joven primavera;
En su perfil la muerte reverbera,
Y al abrazarla se dibuja hermosa.

La rumorosa fuente
Con su cielo riente
Estremece la linfa;
Y en su vibrante cauce
Llora bajo su sauce
Á la muerta cual ninfa.

El soñador contempla á la hechicera
Inerte compañera

Que está bajo los árboles, y clama:
«Oh! naranjo triunfal, tus azahares
Son de su mente perfumado espejo;
Ciñan su frente y sentirán pesares
Al recibir espiritual reflejo.
Oh! cerezo triunfal, tus rojas flores
Retienen en los pétalos la llama
Que ardió en su corazón; con tus colores
Cubre su cuerpo cual si fuese rama.»

Anciano, Genio del jardín: «Detente»
Responde—«el rey te brindará sustento
Sólo del fruto que en mis plantas brota;
Morirás, soñador impenitente,
La flor es el acento
Creador feliz de la fecunda nota.»

La fuente cristalina
Con el azur, divina,
Oye la voz del viejo;
Y su vibrante cauce
Murmura bajo el sauce:
«No olvides el consejo.»

El soñador sonríe á la verdura
De las plantas, y al Genio que lo llora
Prediciendo el martirio,
Los ramajes desflora
Y con las flores de vernal frescura
Cubre la muerta de esplendor de lirio.

La fuente cristalina
Sin el azur, divina
Se oscurece enlutada;
Y en el materno cauce
Bajo el doliente sauce
Extínguese callada.

AMIÉNS.



Soñemos.

Porque la luna en el confín moría,
El desvelado ruiseñor gemía
Con trino agonizante;
Un rayo de la luna se fundía
En su cristal vibrante,
Y, tocando las flores, renacía
En gotas de rocío centellante.

Se anunciaba la aurora,
Tan bella en luz de limpidez tan pura,
Que vestía la hora
El manto virginal de su hermosura;
Desplegando en las galas intangibles
De alegres centelleos,
Con alas de venturas imposibles
Inefables deseos.

Y dijo el ruiseñor: «La mariposa
Bebe con ansia el rocío

En el cáliz de una rosa,
Y el rocío es llanto mío;

Llanto de lírico ardor,
Pues no tengo los primores
Del insecto de colores
Ni el perfume de la flor.»

La rosa dijo: «Lo que ofrezco pura
En mi leve dulce fuente,
No es rocío de frescura
De la aurora refulgente;

Es mi lloro desolado;
¿Qué me importa el delicado
Perfume de mi matiz?
Ruiseñor, tus notas quiero,
Y por tus alas me muero,
¡Oh! mariposa feliz!»

La mariposa prorrumpió: «Tu llanto
Simula el de mi quebranto,
Rosa, deseo tu olor;
Y sólo podrá tu canto
Consolarme, ¡oh! ruiseñor.»

El ave en tanto, al contemplar la llama
Del nuevo día, se lanzó al profundo
Bosque, posóse en silenciosa rama
Alejado del mundo;
Y mientras el rocío se iba al cielo
Del sol sintiendo el rutilar jocundo,
Y el insecto y la flor en gran quebranto
Miraban de su anhelo
Volar la luz en el vapor del llanto;
El ruiseñor dormido
Entre misterios de penumbra hermosa
Soñó que, perfumado cual la rosa,
Alzaba el canto del amor, vestido
Con un iris triunfal de mariposa.

París.



Visión.

Jamás el mar un esplendor más riente
Tuvo en el mundo al reflejar del cielo
La juventud viviente;
Abrumado mi espíritu en su duelo
Buscaba en él á la inquietud consuelo,
Y repentinamente
Todas las peñas se volvieron hielo.
Se escarcharon celajes
De la celeste esfera,
Mas el calor reinaba en los paisajes
De ensueño y primavera.
Las olas más lejanas
Transformaron en cisnes sus espumas,
Y lucieron las níveas caravanas
Suaves riquezas de sedosas plumas.
Casi lucían movimiento alado
Por la virtud de indefinible viento,
Y ante la luz de su rizante nado
La inmensa mar resplandeció de argento.
En la ondulante fuente misteriosa

Tendió el milagro su gentil portento,
Y de los cisnes era el pico rosa
Vaso de lirios de gracioso aliento.
El sol la llama de su gloria de astro
Cambió en luna de un ópalo divino
Vertiendo por los aires, torbellino
Estelar de alabastro.
El cielo todo estremecióse, y nubes
De incienso revolante,
Construyeron fantásticos querubes
De nácar centellante.
La angelical cascada
Sobre los cisnes abatióse airada;
Sus flores, anhelante,
Les quitó entre clamores,
Y volvió á las alturas
Mezclando á los fulgores
De las suaves alburas,
El blancor de los lirios
Hurtados, con los cirios
De sus níveas flotantes vestiduras.
Estallido gozoso
Donde vibraban con las alas, olas,
Expandióse armonioso;
Después se oyeron de los cisnes, solas

Las voces dando su cantar primero
Que, llorando á las flores entre brumas
Del platíneo esplendor, sonó postrero,
Pues retornaban á volverse espumas...
Y ¡ah! mi melancolía.
¡Cómo expresar fundidos
El dolor y alegría
De los coros perdidos
En paisaje que era
Con su ópalo y su nieve
Divina primavera
Del prodigioso ensueño,
Si la visión fué breve
Relámpago de un sueño!

VIENA.

El collar de Gulnara.

Adiós los besos, adiós las rosas,
Adiós las risas, adiós la luz,
Mueren los cisnes, las mariposas
Son inmoladas en leve cruz;

Pero mis perlas alabastrinas,
Llantos del nácar, hijas del mar,
Renacen todas sobre las ruinas
De mis recuerdos en un cantar.

Así Gulnara, piensa soñando,
Al par que mira, vivo arrebol,
En blancas aves que van volando
Sobre las olas con rumbo al sol.

Dulces caricias finge en su cuello
Con suaves perlas, largo collar,
Y palpitante lanza un destello
Sobre su busto, radioso altar.

Tiembla en su pecho como en la ola,
Y cada perla siente el amor
De nueva savia, tal la corola
De milagrosa marina flor.

Porque las perlas ante su cuna
Se hacen brillantes al evocar,
Los misteriosos claros de luna
Vivos recuerdos del hondo mar.

Y ótras de tintas casi rosadas,
Evocan lumbres y el fresco tul
De las sirenas, que fueron hadas
De sus bautismos en gruta azul...

Gulnara siente crecer el duelo,
No nace en su alma nuevo fulgor,
Y el infinito del mar y el cielo
Torna infinito su gran dolor.

Mientras reviven llenas de encantos
Todas las perlas de su collar,
Adiós las rosas, cisnes y cantos,
Repite su hondo mudo soñar.

El sol parece que oye á la hermosa,
Y hace con nubes, rayos y luz,
Para ese cisne, para esa rosa,
Para ese ensueño, divina cruz!

En el Atlántico.



La colmena.

Van las doncellas sobre las gramas,
Entre los sauces, á un manantial
Que corre alegre, dibuja ramas,
Y es armonía, luz y cristal.

Con las dulzuras de las colmenas
Bebieron lumbres divinas de oro,
Mientras soñaban con las cadenas
De amantes besos cantando en coro.

El bosque entero respira alado,
Y el alba forja ritmo gentil
Por donde cruza vivo y soñado
Fresco perfume de alma sutil.

Zumban abejas, cuyos antojos
Son los instintos de su libar,
Sobre corales, que tienen, rojos,
Evocaciones de un verde mar.

Y todo tallo, corola, estambre,
Hoja, pistilo, cáliz, umbela,
Surge cubierto por el enjambre
Que, ebrio de dicha, ligero vuela.

Tiene aquel yunque de los matices,
De las fragancias, y del donaire,
Gozo que sube de las raíces,
Toca las alas y llena el aire.

Y porque brincan tiernos Amores
Entre las mieles, ven las doncellas,
En la mañana de luz, las flores
Como un regalo de las estrellas.

¡Ah! Cómo juegan y dan las bocas
Dulces, sedientas al manantial,
Enriqueciendo con risas locas
Las armonías de su cristal!

Niñas amantes, entre las ramas,
Ved á otras vírgenes, que llevan cirios,
Mostrando tristes sobre las gramas
Sus palideces de hondos martirios.

Cirios que vibran llamas ardientes,
Llamas que sudan llanto de cera,
Cera brotada de las rïentes
Flores que beben luz de la esfera.

Cera nacida como las mieles,
Hoy arrancada de un santo altar,
Y que al más bello de los donceles
Va entre las vírgenes á sepultar.

¡Ah! porque en ella todo germina,
Ya gozo ardiente, ya dura pena,
Con vida y muerte, cosa divina
De los misterios es la colmena...

Blois.



Máter carissima.

Fueron muchas las gentes, que al mirarla
Sobre el lecho, morir,
Dijeron con pesar: «¿Por qué llorarla?
Sólo debe dormir.»

Pues de los buenos la virtud impone
Supersticioso amor,
Y á los rápidos días sobrepone
Un inmortal fulgor.

Estrella de la casa florecida
Su Evangelio de Luz,
Fué pensar: — En las sendas de la vida
El que sufre, es Jesús.

Cantemos al Señor en el doliente
Con obras de bondad;
Cruce el rumor de la divina fuente
Sembrando claridad. —

Y conservó, negándose el consuelo
Solamente á sí misma,
Dolor humano con visión de cielo
En armonioso prisma.

Si á otros en flores transformaba abrojos,
Sobre cruz invisible,
Se obscurecieron de llorar sus ojos
Evocando, apacible,

Los ojos que apagados por la muerte
Robaron su alegría,
Haciendo de sus horas una suerte
De viviente elegía.

Al cultivar congojas maternales,
Su duro torcedor
Fué casi misticismo con raudales
De espiritual fervor.

Vaso de claridad y de hermosura,
Su corazón amado,
Dió, á pesar de la densa rasgadura,
Siempre un son delicado,

Hasta que él mismo le apagó la vida,
Dejando libre el vuelo,
Á su espíritu raro de elegida
Con las alas del cielo...

Lo saben los que evocan en la tienda
Familiar, su alto ejemplo,
Como quien mira perfumada ofrenda
En la nave de un templo.

Hoy no quiero pensar en su ternura,
Pues no quiero que el llanto,
Venga á turbar la límpida tersura
De su recuerdo santo;

Al decir que su paso fué profundo,
Siendo humilde escondida
Su acción de luz: ¡reconcilió en el mundo
Á muchos con la vida!

Buenos Aires.

Epifanía.

Ya entre las nubes salen marchando
Baltasar, Gaspar, Melchor;
Los niños rientes están soñando
Con el fruto de una flor.

Flor purpurina, viviente y santa,
Toda de luz y candor,
Flor de los cielos que los encanta
Hija de dulce fervor.

Fruto oportuno que harán los magos
Con la flor de promisión,
En los jardines de los zapatos
De un castillo de ilusión.

Entre los sueños sobre el camino
Surge el fúlgido temblor
Del astro nuevo, que ven divino,
Baltasar, Gaspar, Melchor.

Y de esa estrella traen el oro
Sin que pierda su arrebol,
Y de sus árboles incienso y mirra
Y brasa de tornasol.

Alma materna que en lo alto giras
Y me dejaste en dolor,
Mi estrella hoy eres, los reyes miran
Al caminar tu fulgor.

Hoy en vigilia de amarga pena
Sueño el fruto de una flor,
Como en los tiempos de la leyenda
Que decías con unción.

Y como entonces pongo un zapato,
Sandalia de inquieto ardor,
Que por las rutas la vida ha usado
En honda tribulación.

Dile á los magos que mi esperanza,
¡Oh! madre de adoración,
Es que allí pongan la paz del alma,
Si hay un fruto de esa flor!

Buenos Aires.

La Fuente del Paraíso.

En la fuente se mira
El ángel y suspira
Y bebe su hermosura,
Antes de alzarse al cielo
Con alas níveas y mirada pura.

La linfa ve el anhelo
Del angélico vuelo
En sus entrañas mismas,
Y siente la tristeza
Nacer en la onda de sus rientes prismas.

La fuente en la belleza
Del ángel, con terneza
Medita: sus espejos
Piden al sol fulgente
Las alas, ambición de los reflejos.

Se evapora la fuente,
La linfa castamente
Por ser más pura, sube,
Y con fulgor divino
Al sueño de alas lo transforma en nube.

El hilo cristalino
Siguiendo su destino
La fuente otra vez llena,
Y resurge glorioso
El rumor de la suave cantilena.

Y observando su hermoso
Reflejo melodioso
Se mira otro querube,
Y tras su blanco vuelo
Vuelve la linfa á convertirse en nube.

Níveos, con hondo celo
Cubren al fin el cielo,
Después en lluvia funden
Los alegres vapores
Que en el jardín como diamantes cunden.

Con los tallos, amores
Tienen, y dan colores
Á mil formas graciosas,
Y entre otras bellas flores
Así nacieron las primeras rosas.

Buenos Aires.



Los renos.

Crawford relata un cuento,
No sé si es viejo mito,
Cuento que en mí dilata
Su lumbre, hasta animar,
El limpio firmamento
Playa de lo infinito,
Mirándose en la plata
Del armonioso mar.

En la llanura, errante,
Levanta un joven reno
Al viento, el ancho hocico,
Á cien millas del mar;
Después hato vibrante
Rebelde á todo freno,
En inquietudes rico
Se olvida de pastar.

Se agita y se recrea;
Calmado de repente

Persigue un sol radioso
En luz semiboreal,
Y lo invisible husmea,
Sintiendo que, potente,
Lo llama el misterioso
Desconocido mar.

Respira cual si el viento
Tuviera flores, fuerte,
Sin que uno se destrope
Arráncase á marchar;
Á poco, el paso lento
En trote se convierte,
Después, en un galope,
Por fin, en un volar.

Levantan sordo trueno
Las ágiles pezuñas,
La sangre de las venas
Vence al frío polar;
La fuerza es desenfreno,
Y las cortantes uñas
Rozan el hielo apenas
Cuando aparece el mar.

Á todo indiferente,
Juntándose en legiones,
Una vez en la vida
El reno ha de gustar
De la infinita fuente;
Y juran los lapones
Que sin esa bebida
Se muere antes de amar.

Así termina el cuento,
El casi viejo mito,
Cuento que en mí dilata
Su lumbre hasta expresar,
Lo que es el firmamento
Playa de lo infinito,
Mirándose en la plata
Del armonioso mar!

Buenos Aires.



Media noche.

Revestido de acero,
Parte á la guerra el noble caballero;
Detiene su corcel,
Y mira con ternura
Á la dama que envuelve la blancura
De flotante alquicel.

Á triste castellana
Fragante flor de pompa soberana,
Nacida en un torreón,
Que escruta de su almena,
La noche más espléndida y serena
Que ha visto la región.

—«Oh! visión misteriosa,
Para hacer á la noche melodiosa
Velas tú sin dormir?
¿Qué le dicen los cielos
Y los astros callados en sus vuelos
Á la perla de Ofir?»—

—«Los cielos no responden,
Como una flor su pensamiento esconden.»
La dama contestó;
«Y tristemente miro
Á Venus, llama que ángel de zafiro,
En planeta trocó.

«Soy la llorosa vïuda,
Eternamente desolada y muda,
Princesa del pesar;
Al esposo doy cita
En la noche, sintiendo la infinita
Sombra de mí brotar.

«Hoy á Venus contemplo,
Lo cree el hombre la lámpara de un templo
Gigantesco de amor;
Es astro de ventura,
Y esperanzas encuentra la amargura
En su alado fulgor.

«Mas, pienso, miserable,
Yo la mujer á quien reir no es dable:
Signo es también la cruz,

En Venus, de tormento,
Y un doliente que ve en el firmamento
Nuestra Tierra de luz,

« Dice: — *Feliz planeta,*
Símbolo de la Paz, calma al poeta,
Tú tienes el fulgir
De la muda Esperanza,
Y eres el sitio santo de bonanza
Soñado en el sufrir!...

«Así piadoso engaño,
Al universo presta como un baño
De lumbre y de cantar;
Mas lo Infinito llora,
El sol nos miente con su falsa aurora,
Y hay dicha en expirar! »

La mujer enmudece,
Blanca y augusta en el silencio crece,
Y pálido de oir,
Se va el hijo de Marte,
Sin decirla su amor, mientras comparte
Sus ansias de morir!

CARCASSONNE.

La Lámpara de Aladino.

En una ciudad de Oriente
Que en mi vida vagabunda
Vi una vez,
Cuando triste y macilento
Conducía mi tormento
Bajo el exótico fez;
Soñé en noche voluptuosa,
Una noche de esplendor
Bajo luna misteriosa;
Soñé al ver en las palmeras,
Vivas fuentes de quimeras,
Que extraño chalán cantor
Envuelto en ropaje astroso,
Mostraba al jardín de amor
La Lámpara sin fulgor
De Aladino el milagroso.
Amable, dijo: «Errabundo
Meditativo viajero,
Que vas arrastrando un mundo
De aciaga melancolía,

Toma mi Lámpara, fiero
Caballero
De la reina Poesía.»
Froté enardecido el don,
Hasta mirarlo luciente
Pues era, cual soy, creyente,
Vibrante de la Ilusión.
Exclamé: «Deseo flores.»
Tembló en mi mano la Lámpara,
Y un cristal ardió cual mámpara
Que devora sus colores.
La luna se hizo jazmín,
El sol convirtióse en rosa;
La misma piedra luctuosa
Revistióse de carmín.
Tomé claveles y lotos,
Crisantemos, orquideas,
Flores de cumbres y sotos,
De invernáculos y prados,
Todas vivientes ideas
De mis sueños perfumados.
Después dije: «Quiero frutos.»
Vi enormes ó diminutos
Conservando en el color
Leve aroma, dulce amor

De sus gérmenes florales.
Elegí guindas ferales,
Elegí rojas granadas,
Y el sol derramó caricias
Con delicias
En las carnes regaladas.
Prorrumpí: « Riquezas quiero. »
Abrió el suelo su vivero;
Zafiros en explosión,
Dibujaron entre grutas
Claras rutas
De una azul constelación.
Exaltado dije: « Sal,
Noble Genio de la lumbre,
Vuela á la nube ideal
Y á la luna, y en su cumbre
Coge flores en que alumbre
La hermosura sideral. »
Y las flores, más radiosas,
Fueron cual piedras preciosas,
Y las piedras con centellas
Se volvían misteriosas
Iridiscentes estrellas.
Entonces grité: «Teorías
De las hijas del Ensueño

Y de la adusta Verdad,
Acudid; mis pedrerías,
Y mis frutos y mis flores,
Anhelan vestir amores
En almas de claridad.»
Y las hadas, las sirenas,
Las valquirias, las ondinas,
Las Ofelias, las Helenas,
Las humanas, las divinas,
En jubilosas cadenas
Se pusieron á danzar.
Mas no encontrando la voz
De aquélla que fué á cantar,
Después de mucho llorar
Lejos del mundo á su Dios,
Clamé temblante de angustia:
«Haz, oh! Genio, que aparezca
La crïatura amorosa,
Y que mi esperanza mezca
Su ventura luminosa.»
Dijo el Genio con voz mustia:
«¿No te bastan esos seres
De fantástica quimera,
No te bastan las mujeres
Que dan á tu cabellera

Besos de intangible amor?
Ah! el poder de mi Señor
Es inmenso allá en la esfera
De confines legendarios;
Mas aquí vence la Muerte,
Mi Lámpara luz no vierte
Sobre auténticos sudarios.»
«Déjame entonces sin vida,
— Repliqué — mi alma en dolores
Adora siempre, y no olvida.
Extingan piedras y flores
En silencio, augustamente,
Matices, pompas y olores.
Jardín del divino Oriente
Adiós; ya arrastra su manto
De aciaga melancolía
Tu visitante de un día.
¿Le negarás en su llanto
Tu Lámpara de alegría?
Lejos de ti, ni la rosa,
Ni el zafiro, ni la estrella
Buscará; y ante la losa
De un sepulcro que descuella
Entre tumbas de Occidente
Dirá: *Reposa sobre Ella.*

Y allí, frotando el cristal,
Pedirá al fulgor naciente
Que de un alma refulgente
Sea símbolo inmortal! »

El Cairo.



Canción de la brisa.

«En mi huerto, toda flor»,
Dice, cantando, la brisa:
«Nace de un beso de amor
Y es perfumada sonrisa
Hecha de luz y color.

Mil vivas piedras preciosas
Con nombre de mariposas
Revolotean aladas,
Porque son, aún siendo cosas,
Pensamientos de las hadas.

Hay en mi banco de piedra
Honda tristeza de vida,
Y al hombre que fué, no olvida;
Por eso manto de hiedra
Cubre su forma esculpida.

Con dulce frescor, mi fuente
Seduce la boca ardiente,
Y el alma con linfa pura,
Pues cada gota fulgente
Brinda un cielo en miniatura.

Mis frutos tienen sabor,
Y en su matiz, un perfume;
Son cual los labios en flor
Que enaltece el trovador
Á quien la pasión consume.

Mi alondra, siendo ideal,
Es la voz de alegre aurora;
Mi ruiseñor enamora
Á la luna sepulcral
Con bella vida sonora.

Me cuentan que todo huerto
Brinda miel y ostenta flores,
Frutos, fuentes con rumores,
Bancos que lloran lo muerto
Y alondras y ruiseñores....

¿Qué me importa tal encanto
Si no siento su ternura?
Sólo creo que fulgura
Por responder á mi canto
En mi huerto, la hermosura! »

PARÍS.



Metamorfosis.

Nació en el rosal la rosa
Como en altar verdecente,
Y en tu pecho extrañamente
Vive con gracia armoniosa.

Mi pobre alma sueña y siente
Al mirar su vida hermosa,
No ser leve mariposa,
No girar sobre tu frente,

Y no posarse cansada,
Más tarde, en tu pecho de hada,
Que luz de hechizo destella;
Pues quizá la mariposa
Tocando ideal la rosa
Por ti se volviese estrella.

Buenos Aires.

La Canción del árbol.

«Nací del fondo de la sombra bruna;
Gigante de la tierra,
El seno ignoto que al mortal aterra
Fué mi bendita cuna.

Rompí la cárcel y escuché el acento
De la entraña clamando enternecida:
¿Qué miras, hijo? Respondí:—La vida
Que en mis raíces palpitantes siento.—

Amplia cascada de celeste lumbre
Me inspiró entre congojas,
Deseos de volar hasta la cumbre
Y me nacieron hojas.

¿Cómo contar mi extraño arrobamiento
Al ver en los paisajes
De las nubes, el sol del firmamento
En trono de celajes,

Y mi dolor cuando murió, y espesa
Se derramó la niebla evocadora
De mi prístina sombra sin aurora,
Cuna del árbol y del hombre huesa?

Las estrellas causáronme ventura;
Cual lumíneas semillas
De un bosque de sagradas maravillas
Las contemplé en la altura.

El alba nueva me dejó cubierto
De rocío fulgente,
Gotas del llanto de mi gozo ardiente
En la resurrección del astro muerto.

Pensé al perder las hojas, con tristeza:
—¡Ah! no podrán las inefables ansias
De volar entre cantos y fragancias
Tornarme alegres la feraz belleza.

Y el invierno llegó, con sus cristales
De hielo y sus crecientes,
De lluvias á torrentes,
Y sus vientos glaciales.

Después una pareja
Burilóme dos nombres, y la herida,
Entre sus voces sepultó su queja;
Y así, dijeron: *Nuestro amor resida*

En ti, con brillo eterno,
Y la felicidad cubra de galas,
Préstale primavera sin invierno,
Chispas de sol y espirituales alas.

Secóse lentamente la hendidura,
Dulce calor me recorrió las venas,
Ya no fueron mis miembros, cual cadenas,
Sino cual brazos de vital ternura.

El sol fecundo derramó su encanto,
Y volvióse, al triunfar de los colores,
Mi sueño de alas, canto,
Y el canto entre hojas, explosión de flores.

Se acercaron los jóvenes, contentos,
Ante sus besos, olvidé mis lutos,
Aromóse la luz con mis alientos
Al preparar los lujuriosos frutos.

Cuando fulgí, cubierto por cendales
De níveas flores de ansiedad secreta,
Eres — clamó un poeta —
El altar de las vírgenes nupciales.

Y saludó la luna en mi vestido,
Cual voluptuosidad de funeraria
Tristeza, donde el nocturnal gemido
Se volvía plegaria.

Y dijo al ver la majestad que vierte
En los frutos, la gracia y la hermosura:
Salve, oh! poema de la savia pura
Con todo el ritmo de la vida fuerte.

Así pasó mi juventud radiosa
Soñando con las alas que el sol baña,
Mas siempre fijo en la materna entraña
De su viviente creación celosa.

En mi dura corteza, el doble nombre,
Creció enlazado, mientras yo ofrecía,
Para el ave, un hogar con armonía,
Y un asiento con sombra, para el hombre.

Al amparo atrayente de esa sombra
Contemplaban los jóvenes, ya viejos,
Los juegos de sus hijos, en la alfombra,
Pintada por mis múltiples reflejos.

Siempre feliz al reflejar la vida
De todas las cambiantes estaciones,
En mí hallaban los seres, prometida,
La verdad de sus dulces ilusiones.

Por fin llegóme la vejez serena;
La tierra me infundía los cariños
De sus últimas savias, y con pena
Vi alejarse las aves y los niños.

Ya me negaban su risueño acento,
Era mi tronco siempre venerable,
Pero aun en primavera, lamentable,
Mi fronda daba su elegía al viento.

En estío, los rayos más gentiles
Del sol, pasaron por mi copa abierta,
Semejante á una puerta
Donde lloran recuerdos juveniles.

Vino el otoño: el regocijo tuve
De escucharle cantar: *Eres egregio*
Y á su voz melancólica, mi nube
De tristes hojas le prestó su arpegio.

Después tiróme una violenta racha,
Besé la tierra con amor doliente,
Formidable sentí la hoja del hacha
En mi sonoro corazón crujiente.

—Adiós el bosque y la feraz campiña;
Pensé: en la cárcel quedan mis raíces,
Ah! que renazcan á la luz felices
En frescas rosas y en alegre viña.—

. . . .

Hoy ya puedo morir. Me purifico
Mientras engendro la divina llama,
Que más que el sol del universo rico,
La fría sangre del invierno inflama.

Y si brindé maravillosas flores,
Hojas y frutos, lleno de sonrisas,
Á las frentes que arrugan los dolores
Piadoso ofrezco pálidas cenizas.»

Así cantaba con fulgor de ocaso
Despidiendo rojizas claridades,
Segmento de árbol, en ardiente vaso,
Herencia familiar de otras edades;

En la mansión donde el gemido bronco
Se escuchaba postrero,
De aquel que un día en su naciente tronco
Grabó dos nombres con amor sincero.

Buenos Aires.



Bodas.

La noche dulce encanta
Bajo el palio nupcial de las estrellas,
Quiere decir querellas
Y con murmurios de la fuente canta.

Las rosas, las violetas, los jazmines
Que matizan el sol en sus colores,
Palidecen, y dan de sus olores
Intensa vida. Blancos serafines
Se ocultan entre frondas. Si sus vuelos
Sonoros son, hoy mudos
La gravedad silente de los cielos
Infunden al jardín. Gritos agudos
De pájaros se alejan;
Hay misterios que vagan revolantes,
Y esos misterios diálogos semejan
De espíritus amantes...

Es la noche nupcial: arde su frente
Con astros que palpitan,

Y la flor y la fuente
Aquí en la tierra, su temblor imitan.

Es la noche nupcial, y sobre bruna
Hamaca, entre las hojas,
Duerme un niño, tocado por la luna,
Bajo dos ojos llenos de congojas.

Con tristeza, sonrisa
De un lejano divino pensamiento,
Se oye voz de un aliento
Hecho de luz y de perfume y brisa.

«Soy la novia, y el hada
De extraños sueños, y al besar tu niño,
Culpa no tengo si fatal cariño
Le brinda el manto de mi luz pesada.

El peso de lo triste,
De lo triste impalpable;
Escucha bien, el hada miserable
Se duele, al par que con amor lo viste.»

Enmudece la luna,
Sus destellos se filtran por las hojas,
Y los dos ojos, llenos de congojas,
Miran llenos de lágrimas la cuna.

En la fronda los mudos serafines
Hacen sus alas resonar, y en vuelos
Invisibles, se llevan á los cielos
Los alientos de fuentes y jazmines.

AMBOISE.

El jardín de Frys.

Cantan los nardos:

«No nos dejes morir sobre los tallos
En polvo convertidos,
Transfórmanos, oh! Frys, en blancos rayos
Que animen los sentidos.

Haz con nosotros delicioso ungüento,
Y delicadamente
Envolveremos en gentil aliento
Tu elegancia viviente.

Saldremos cual espíritu flotante
De tu cuerpo gracioso,
Y el Amor revolante
Á tu hermosura pedirá reposo.

Dirá tu amante: *Por tus besos ardo;*
Y al sentir tu frescura,
Dentro de su alma reabriráse el nardo
De nítida blancura:

Y en vez de ser así nuestro destino,
  Estéril, inseguro,
Evocaremos al morir, divino
Jardín que encante tu cerrado muro.»

Canta una caña:

«No me dejes secar entre esplendores
Áureos que anuncien mi álgida agonía,
Los vientos que me prestan sus rumores
Esbozan el poder de mi armonía.

Yo no quiero acabar como la estela
Inerte y sepulcral de un esqueleto;
Tengo en mi ser el fúlgido secreto
De alada nota que vibrante vuela.

Haz conmigo una flauta, y por mi vida,
Tu amante buscará, con ilusiones,
Adorándote más, tu alma vertida
En el encanto de los dulces sones.»

Canta la fuente:

«Si mi piedra es vetusta, es murmurante
Mi renovada plácida corriente,

Que, símbolo de Amor, retrata riente
La juventud del éter centellante.

Entre el himno triunfal de tu belleza,
Escucha, ¡oh! Frys, los nardos y la caña,
Fabrica cual te piden con terneza
La flauta y el ungüento. Despues baña

En mí tu cuerpo, y al romper mi velo,
Para tu amante fulgirás cual ninfa,
Y que prefiere, te dirá mi linfa,
Besar tu estatua á reflejar el cielo!»

Atenas.

La Canción de Batilo.

Regálame, oh! mi huerto,
Dulce flor hechicera,
Flor que armonice con la voz del ave;
Mi bella Mirra ha muerto
Ayer, siendo cual era
Más que el incienso de su nombre, suave.

Préstame, oh! vieja encina,
Tu predilecta rama,
Quiero hacer una antorcha con perfume,
Y será tu resina
Cual mi llanto, y tu llama
Semejante al dolor que me consume.

Antorcha y flor preciosa
Pondré sobre su tumba,
Sagrado altar donde mi vida muere;
Y la tumba graciosa
Dirá al viento que zumba:
«Ved, son los dones que la virgen quiere.

Pues la flor del tormento
Se transforma en mi cumbre
En la sonrisa del pesar, más bella,
Y la muerte y su aliento
Convierten á la lumbre
En pensativa misteriosa estrella!»

Patras.



Cupido.

Sobre el mármol de un zócalo, Cupido
Se antojaba esculpido
En su divina desnudez, y yerto;
Nesa cubriólo con ligero manto,
Y prorrumpió en su llanto:
«¡Cuánta amargura! ¡Mi ilusión ha muerto!»

Cídipo riente, como flor risueña,
Que con ser fruto sueña,
Quitóle el manto, lo miró vestido
De misterio gracioso,
Y pensó contemplando su reposo:
«La lumbre besa mi gentil dormido.»

Vino del mar la placentera brisa,
Estremeció un laurel; y á la sonrisa
Y al llanto dió su esplendidez sonora;
Cídipo oyó en su acento
Repicar el contento,
Y Nesa dijo: «con mis penas llora.»

Patras.

La Canción de la Muerte.

La Muerte, en su palacio prodigioso,
De luna viste alabastrino manto,
Su cetro agita con el sol glorioso,
Y toca á un niño que al sentir su canto,

Perdiendo su quietud de linfa tersa
Tiembla al impulso de la savia ruda,
Y en su vibrante carnación desnuda
Luce la Gracia transformada en Fuerza.

Y poniendo dos alas en su espalda,
En sus mejillas arrebol de aurora,
Y en sus ojos cambiantes de esmeralda,
Dice al niño la pálida Señora:

«Que haya en tu ser lo suave y lo potente,
Mezclando la violencia á lo sereno,
Voz armoniosa con fragor de trueno,
Mar impetuoso con rumor de fuente.

«Vibra cual arpa en que la vida cante,
Y sé nota y lamento, llanto y risa,
Luz apacible, hoguera devorante,
Rudo huracán y melodiosa brisa.

«Quita á la voz del ruiseñor dulzura,
Turbándola en el filtro de sus celos,
Y á los rugidos de la fiera, vuelos
De canto infunde al destilar ternura.

«Trastorna la inmortal naturaleza,
Y resume en tu nota y en tu grito,
Con inefable anhelo de infinito,
La aspiración divina á la Belleza.

«Haz que los cuerpos con las almas, lazo
Forjen tan hondo, que al sentir tu arcana
Voz gloriosa, de fuerza soberana,
Busquen la paz en mi supremo abrazo.

«Mira la luna de mi manto, y vuela
Con el sol en tu cetro de fulgores;
Y, en lo profundo de las almas, riela
Como astro, cuya luz acaba en flores.

«Al enseñar la cumbre ó el abismo,
Con tu flecha flamígera ó graciosa,
Ten la fuerza del águila, y al mismo
Tiempo el girar de leve mariposa.

«Recordando mi lúgubre vivienda
Evoca alegre mi semblante serio,
Y en tu voz, en tu espíritu, en tu venda,
Semilla oculta de mi gran misterio.

«Y como el beso de mi ser, no olvida
Que tiene fin lo que en fulgor se enciende,
Forja sin tregua renovante vida,
Y así mi imperio por el mundo extiende.

«Ve pues; anima con sagrado aliento
Toda la luz que lo viviente crea,
Y que oponerse á tus embates, sea
Querer construir una prisión al viento.»

El ágil niño abandonó el palacio
De aquel sepulcro donde fué su cuna,
Gozoso y triste se lanzó al espacio,
Y el sol en su alma se mezcló á la luna.

Buenos Aires.

Castillo inmaterial.

En el castillo sepulcral habitan
Fantasmas y vestiglos;
Los golpes de las puertas resucitan
Los ecos de otros siglos.

Á través de las rejas, los jazmines
Se aspiran deliciosos,
Con mensajes de amor de los jardines
En halos voluptuosos.

Los mensajes son alas impalpables
De luces y de olores,
Engendrados por besos inefables
De la luna á las flores;

Mensajes que colocan en los ojos
De una princesa, velo
Tejido por sus lágrimas de antojos
En la inquietud y el duelo.

Salen sus manos de marfil, y toman
Sobre rejas sombrías,
Á los jazmines pálidos, que asoman
Entre las verdes guías.

La princesa sonríe á su quebranto,
Los cubre misteriosa
Con los diamantes de su tierno llanto,
Y piensa silenciosa,

Al par que vence su blancor la albura,
De santos serafines:
«¿Cuáles tendrán la vida más segura,
Lágrimas ó jazmines?»

La luna, opalizada, reverbera
Sobre el llanto y las flores,
Y en el castillo todo, la quimera
Engendra mil amores;

Amores misteriosos, que en sus citas,
Por cielos y por salas,
Esparcen sus cadencias infinitas
De lumbres, ritmos y alas.

No se marchitan los jazmines vivos,
Y el llanto se evapora;
Los diamantes se esfuman fugitivos
Sin esperar la aurora.

Y por que el llanto pasa más ligero
Que las flores aquéllas,
Sueña el pálido espectro lastimero
Con inmobles estrellas.

Envuélvese en el gélido sudario
De la luna argentada,
Semejante á un espectro legendario,
Y, en realidad, es hada,

Que vierte adormecida entre las cosas,
Su profunda tristeza,
Hallando al doblegarse, cual las rosas,
Un peso en su belleza.

¡Ah! quién pudiera en el castillo viejo
Reposar dulcemente,
(Tal un rayo de luz sobre el espejo
De la tranquila fuente,)

Al lado de la pálida princesa,
Para mirar su llanto,
Y decirle: «La aurora que te besa
Te borra con un canto.»

Amboise.

Claro de luna.

En el lago que canta las querellas,
De un abismo de luz desconocida,
Un espíritu gime con la vida
De la sombra, los bosques, las estrellas.

Hay un vuelo atrayente de centellas
Y el Alma al mundo en el espacio olvida.

Se desvanecen las astrales huellas;
El fulgor opalino de la luna
Al Alma forma sideral laguna,
Y el Alma boga tras feliz anhelo.
Ella no escucha el Corazón en duelo
Que ofrece al mundo su doliente herida.

Sigue el lago diciendo las querellas
De un abismo de luz desconocida,
Donde gime el espíritu y la vida
De la sombra, los bosques, las estrellas..

La luna se estremece en el reflejo.
Y el matiz y la forma y el perfume
De la tristeza nocturnal, resume
Cual flor divina, el armonioso espejo.

Ya en el espacio sideral no boga
El Alma triste, y esa flor aspira,
Mientras sirena de invisible lira
Murmura: En mi alma tu inquietud ahoga.»

Y las dos almas con amor se funden
En el místico abrazo de la muerte,
Y por las aguas murmurantes cunden
Los fuegos fatuos que el abismo vierte.

Sutiles voces su cantar difunden:
«Alma inquieta, inefable, misteriosa,
La de cambiantes sueños intranquilos,
En mi sepulcro de cristal reposa;
Y más que nunca al extinguirte hermosa
Sobre nuestros acuáticos asilos,
Teje al morir mortaja melodiosa
Como la luna con platíneos hilos.»

¿Quién, en la noche, al Corazón: *olvida*
Puede decir? Sufriendo en la ribera
Ve que el Alma, su noble compañera,
Reposa en paz, y con potente brida
La llama, rudo, á la verdad austera.

Oculta en nube de opalino encaje
La luna, desparece del paisaje,
El Alma exhala al Corazón unida
De nuevo un ¡ay! al emprender el viaje;
Y en el lago que canta las querellas
Del abismo de luz desconocida,
Gime siempre el espíritu y la vida
De la sombra, los bosques, las estrellas...

CHENONCEAU



Visión.

Oleada azul de intensidad vibrante
Bajo el inmóvil cielo,
Tiende otro cielo vívido ondulante
De misterioso anhelo;

Anhelo de belleza y de infinito
En el alba riente,
Mientras plegaria de grandioso rito
Arrulla el sol naciente.

En el azur, infiltra la esmeralda
De ligeras espumas,
Iris que forma la cambiante espalda
Con prismáticas plumas.

Las nubes desgajándose en vapores
De incandescente brillo,
Rompen en mil centellas los colores
De inmaterial castillo.

El cielo, el alma, el corazón, los mares,
Todo alegre fulgura,
Palpitante, fundido á los sonares
De pánica hermosura.

Un islote diseña sus cantiles,
Ante los himnos, calla,
Y recibe el blancor y los añiles
De la mar, en su valla.

Luce un nido de albatros. No se observa
Sobre el roqueño asiento,
Ni planta enorme ni tapiz de hierba
Donde se enrede el viento.

Y cruza rauda por la cumbre altiva
Un ave majestuosa,
Llevando, alegre bajo el sol, y viva,
Purpurescente rosa.

¿Cómo el desierto, inhabitable estuario,
Á su pico de guerra,
Ha podido exornar con relicario
De perfumada tierra?

Responde de los vientos la armonía:
«Cuando en risueña hora
Triunfa el torrente de la luz del día,
La espuma de la aurora

Agita sobre el mar rubia sirena,
Y la deidad de amores
Tiene en los labios dulce cantilena,
Y en el cabello, flores.»

Altivo luchador de ansias divinas,
Gigante albatros, sube,
Ve, fecunda en las lumbres peregrinas
Del sol y de la nube,

Esa flor que robaste á los cabellos
De la sirena hermosa.
Sube, sí! palpitando entre destellos
De aspiración gloriosa,

Pues das, oh! rey del viento formidable
Que lo infinito escalas,
Á la ilusión de la belleza amable
Un ritmo con tus alas!

En el Atlántico.

Noche marina.

La nave al mar embiste,
La luna gira ante ella,
Y destellando, como siempre, bella,
Marcha cual nunca, vaporosa y triste.

Dulce plegaria implora
De un marinero en la canción sonora.

Roza las jarcias gemebundo el viento,
Sobre alto mástil el pendón flamea,
Lo perfila en el cielo el movimiento,
Y en las montañas de la luna, ondea.

Expande intensa la canción sonora,
Alma sombría sin rumor de aurora.

Recibe en lo alto, cual flotante escudo,
Á la bandera el pálido santuario,

Y sideral sudario
Le da con lumbres de misterio mudo.

Volando el alma en la canción sonora,
Con lo infinito de los mares, llora.

Y es el pendón entristecida enseña
De una invisible nave
Que, sin tener la libertad del ave,
Con los caminos de los astros sueña!

En el Atlántico.



Funerales.

Sobre los bordes de invisible fosa
El desolado ruiseñor vertía
La sutil elegía
De canción melodiosa.

El trovador la modulaba ciego.
Su amor á la Belleza
Debió en rapto de lírica tristeza
Herir sus ojos con quemante fuego.

Á través del quebranto
Y entre el vibrar de su armonioso prisma,
Era más bella que la luna misma
La luz etérea del divino canto.

Brisa leve del huerto,
Por jazmines y rosas perfumada,
Ennoblecía alada
La rigidez del invisible muerto.

Los áureos astros pensativamente
Miraban á las flores,
Buscando con su vida de colores
La palidez de la marmórea frente.

Sudario azul de misterioso culto,
Tejía al muerto, la profunda calma
De la hora bella, y en su ser, el alma,
Ponía llanto oculto.

Y el alma no ha podido, de ese muerto
Saber el nombre ni encontrar el rastro;
Fué cordaje del fúnebre concierto,
Como la brisa, el ruiseñor y el astro!

París.



Sepulcro.

Junto á una fuente cavaron
La honda tumba,
Y las aguas murmuraron:
— «Voz que zumba

En los cierzos otoñales;
Elegía
De las tardes espectrales;
Agonía

De las sueltas, tristes hojas,
Que crujientes,
Con sus fúnebres congojas
Son dolientes

Pensamientos del Estío;
Todo es triste,
Llorad con el llanto mío;
Ya no existe

El cantor del huerto alado;
Que las flores,
Sobre su cuerpo encerrado
Den colores.

Las Musas besan la piedra
Y suspiran,
Después la silente hiedra
Mudas miran.

Su espíritu vive lejos;
Tras un grito,
Se fué á buscar en reflejos
Lo Infinito;

Y Otoños y Primaveras
En un astro,
Que refulge en las esferas
De alabastro.

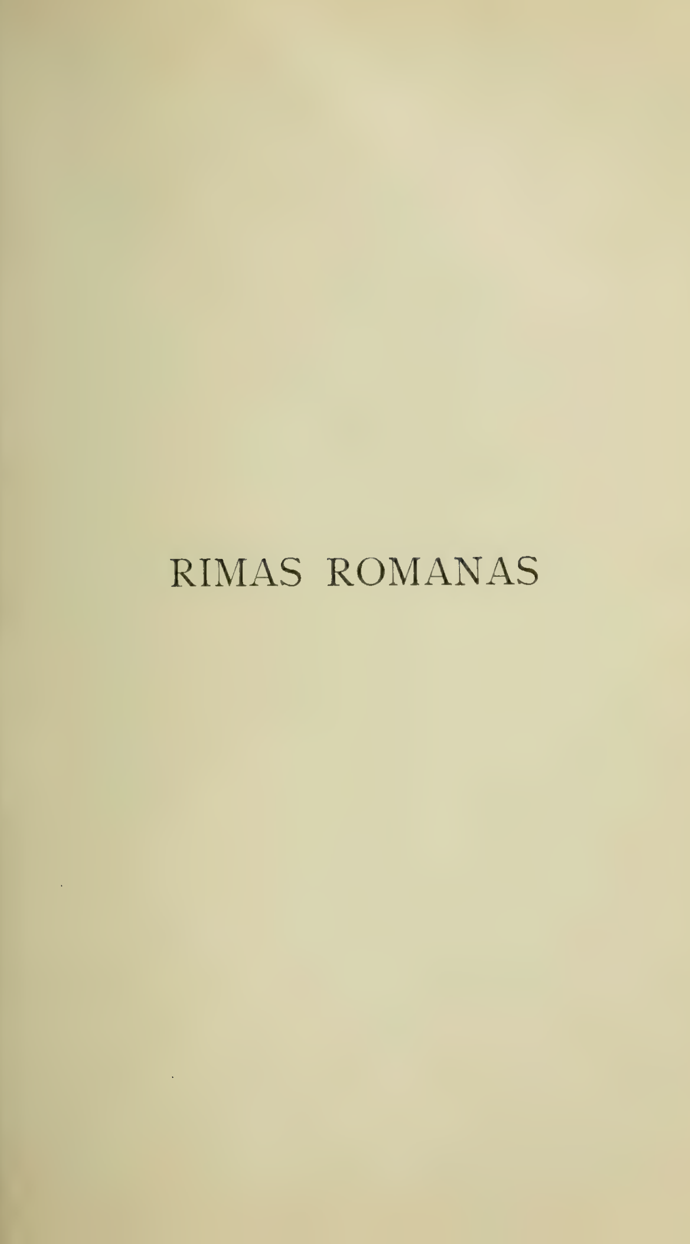
Ya en la altura, entre arreboles,
¡Oh! quién sabe,
De que enigmáticos soles
Su alma es ave;

Y con la ebriedad alada
De las lumbres,
Si no desea arrobada
Otras cumbres...»

Así, las aguas fontales
Murmuraron,
Después, los dulces cristales
Se filtraron;

Y así, la fuente extinguióse:
¡Ah! que quieta,
También el alma repose
Del poeta!

BUENOS AIRES.



RIMAS ROMANAS

A Francisco A. Sicardi.

Las Termas de Caracalla.

Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas.

RODRIGO DE CARO.

Allá en sus montes la ciudad asoma;
Sonante con recuerdos de la infancia
Derrama melancólica fragancia
Antigua voz del castellano idioma.

Marcando el Tiempo, cual reloj de Roma,
La ruina el polvo de su piedra escancia,
Y sólo sirve la arrogante estancia
De pedestal á un nido de paloma.

El Tepidarium voluptuoso vierte
Ráfaga estéril sin rumor perdida;
El sol se hiela sobre el suelo inerte;
Y entre fantasmas de impalpable huída
El tronchado palacio de la Vida
Es magnífico templo de la Muerte!

Á un banco.

Si pudiera expresarte, oh! banco triste,
Triste banco de piedra, lo que existe
En tu mutismo yerto;
La voz sutil de tu cantor sería
El ala de la fúlgida elegía
De tu pasado muerto.

Nadie sabe ya el nombre de la dueña
Que, al caballero, le entregó la seña
De cita en el boscaje;
Nadie sabe ya el nombre de la dama
Que, sobre el banco, al caballero inflama
Á la luz del mensaje.

Nadie guarda las voces y las risas
De las máscaras, frescas cual las brisas
Y cual el sol radiosas,
Que entre el vibrar de gozos y de penas,
Tejieron á tu margen sus cadenas
De cantos y de rosas.

Nadie sabe ya el nombre del que, adusto,
Desde tu mármol celebraba á Augusto
Sobre su plinto, fiero;
Y que soñó ser César siendo Papa
Y dominar el gigantesco mapa
Con la cruz y el acero.

Nadie sabe ya el nombre del poeta
Que contemplara, en su ansiedad secreta,
El olmo que te cubre;
Para sentirse más que un alto orfebre,
Y querer reanimar lleno de fiebre
Tus hojas en octubre.

Nadie sabe ya el nombre del silente
Filósofo, feliz, que dió á su mente,
Fulgor de sofrosina,
Al ver desde tu sitio con halago,
El templo griego en el cristal del lago
Gimiendo á la sordina.

Nadie sabe ya el nombre del que un dístico
Te buriló, arrancándolo á su místico
Corazón amoroso,

Buscando la parábola divina
En que alienta la alondra matutina
De Jesús armonioso.

Y no saben calandrias y zorzales
Los nombres de jilgueros y turpiales
Que, amándose en tu piedra,
Volaron dulces á tejerse nido
En la copa del olmo, revestido
De túnica de hiedra.

Hoy acrecienta tu memoria escasa
El vagabundo soñador, que pasa,
Dándote aliento sútil,
Al dejar menos surcos en tu villa
Que el viento que se lleva la semilla
En arrebato inútil.

Mas, sin saberlo, mientras clama triste:
Yo quisiera expresarte lo que existe
En tu mutismo yerto,
Oh! banco, también triste y pensativo,
El crespo musgo de los años, vivo,
De sombras te ha cubierto.

Tu verdor solitario es semejante
Al del fauno broncíneo, que, danzante,
Se esculpe entre las frondas;
Y al que tiende su manto en cristalinas
Fuentes, encanto de dolientes ruinas
Con sus risueñas ondas.

Y en realidad, ese verdín figura
La misteriosa insólita envoltura
Del Tiempo amortajado;
Y aunque un cadáver no aposentas, eres
Sepulcro de la Vida, por los seres
Que sobre ti han soñado.

VILLA BORGHESE.

El Apolo de Fidias.

Su noble porte ennobleció el donaire,
Y su pensar, divinizó un anhelo:
Alzar la frente, respirando el aire,
Cual si buscase por corona, el cielo.

Los siglos muertos estamparon vetas
En su albura, que eclipsa las palomas,
Y al parecer, vestido de violetas,
Quiere lanzar de su fulgor aromas.

En las primeras ardorosas lidias,
Del cincel y la piedra, adolescente,
Al Dios del Arpa le prestó su mente,
Hecha de formas y de ritmos, Fidias.

Ya era rey del marmórico proscenio:
El efebo revela en su apostura,
Con elegante soplo de frescura,
La juventud de su divino genio.

Y ante él aduerme la gentil cabeza
Bajo purpúreo palio de amapola
La virgen del dolor, Minacia Pola,
Para soñar mejor con su belleza!



Á un retrato.

Noble virgen de antigua aristocracia,
¿Por qué inclinas la frente lastimera?
¿Por qué entristeces tu mirada fiera?
¿Por qué á la risa del placer reacia?

¿Te vas, acaso entre misterios, hacia
Perpetua noche de insondable esfera,
Al par que en tu matiz, la primavera
El luto viste del Amor con gracia?

Ah! no; contempla tu gentil espejo,
El que cercan laureles de oro viejo,
Silente alondra, cuya luz es canto;
Dibújale tu gloria peregrina
Y sé, al fijar tu juvenil encanto,
Risueño sol del ave matutina!

Trofeo.

Luce el pilar segmentos de una piedra
Blanca de Tibur, contra el árbol verde,
Bajo el límpido azur; después se pierde
En un festón de misteriosa hiedra.

Los caracteres del hablar latino
Cantan los juegos que endiosara Augusto;
Fulge del César el marmóreo busto;
Lo admira y se detiene el peregrino.

En el jardín, labrados por cinceles,
Pétreos carros se ven; las inscripciones
No dan, entre tropel de evocaciones,
Voz al púgil ni sangre á los corceles.

Reina la muerte de fragmentos, vivos
Por su hermosura; sibilante abeja
Abandona los hermes pensativos,
Ágil traspasa la bruñida reja,

Resguardo en bronce de silenos griegos;
Aletea gentil por el relieve
De la inscripción de los grandiosos juegos,
Y fatigada, se reposa leve

Sobre el «Carmen sæculare», de Horacio,
Cual si las letras ocultasen flores,
Trayendo entre sus alas los amores
Del ritmo antiguo y de la luz del Lacio.

Lenta murmura la vecina fuente:
«Él buriló con el pensar sus odas,
Un yunque fué de la elegancia, todas
Hacen eterno su laurel fulgente.

Y la inscripción, bajo la flor de acanto,
Viva en el mármol, inmortal cual su alma,
Hoy se convierte en esculpida palma,
Hoy es la estatua de la voz del canto.»

En el reino de Venus.

Fulge Afrodita ante el altar, esbelta;
Una paloma, deteniendo el vuelo,
Vibrante roza, ensortijado pelo,
De alegre niña en su chitón envuelta.

Aparece una sierpe que, revuelta,
Dirige al ave su voraz anhelo,
Y al defenderla con violento celo
La niña, el manto de su cuerpo suelta.

Un viejo dice á la beldad desnuda:
«El amor es dolor y ya, sin duda,
En tu valor el sentimiento asoma;
Deja que se devoren las serpientes;
Para infiltrarte sus venenos rientes,
Venus á un áspid convirtió en paloma.»

La fuente abandonada.

¡Oh! peregrino que en la villa Doria
Buscaste manto de invisible hiedra,
Mira entre restos de elegante gloria
La fontana del Término de piedra.

Su voz un tiempo le formaba coro
Á una Pamphili que prestó á la brisa,
Cantos del Bembo, con acento de oro,
Rival del sonreir de Mona Lisa.

Hoy semeja su estatua, vago sueño
De un anciano que á ser de mármol vino:
Ya no acaricia su doliente ceño
El fresco son del caracol marino.

Espíritu palpita amortajado,
Entre su borde que el cristal recuerda;
Tiene tristeza de silencio helado,
Arpa es de olvido, sin sonante cuerda.

Cabellera le tejen los verdines,
Y la frescura de su densa sombra
Soñando con perfumes de jazmines,
Baña de helechos natural alfombra.

Antójase sarcófago vacío;
Un árbol deshojándose la esmalta,
Y substituye el agua que le falta
Rumor fingiendo de intangible río.

El verdor desprendido se marchita,
Y cuando el sol, ya libre de la fronda
Deje en la piedra el brillo de su onda,
Vil podredumbre encontrará en la cita.

Melancolía de vivir humano
Da el movimiento, que piadoso fragua
Con las últimas hojas del verano
Esa ilusión del suspirar del agua:

¡Oh! peregrino de la Villa Doria,
Depón tu manto de invisible hiedra
Sobre el espectro de elegante gloria,
En la fuente del Término de piedra.

Vaso.

Abril, al vaso del jardín, con briales
De enredaderas y de flores, dota;
El ave lanza su parlera nota,
La vida eleva cánticos nupciales.

Coronado de pámpanos triunfales
Un fauno herido, sobre el vaso brota,
Y entre la tibia irradiación que flota
Penetran en su ser flúidos glaciales.

Desángrase por invisible arteria
La carne de alabastro; la materia
Vibrante, participa del tormento,
Y el fauno muere á su matiz fundido:
Nunca expresó mejor el aterido
Mármol, la palidez del sufrimiento!

El milagro de los lirios.

Dijo á unos lirios de su Asís, el santo:
«Sois por María humanas criaturas,
Gabriel os descendió de las alturas,
Y Élla vertió sobre vosotros llanto...»

Se arrodilló para elevar un canto,
Y la Virgen surgió de las blancuras,
Hecha de azur, y con sus alas puras,
Las vivas flores le tejieron manto.

Flotó ante el monje, se encendió una estrella
En pleno día, de su frente, y bella,
Ascendió entre el flotar de los colores;
Fué un resplandor que disipó la brisa,
Dejando sobre el alma de las flores
Aroma y sol de su feliz sonrisa.

La Erinnia de Praxíteles.

Al esculpir ceñía Praxiteles
La corona inmortal de Anacreonte;
Su genio vive en el ameno monte
Donde el Amor se transparenta en mieles.

Sobre altar invisible se reclina
La visión del Erebo tenebroso;
Un laurel que buscándola, se inclina,
Tiene murmurios de cantar gracioso.

Cabellera de flores y beleño
Oculta suave su poder de espanto,
Prestándole con el sedoso manto
La vestidura inmaterial del sueño.

De un sueño que arrebata en la inconsciencia
El alma del furor, y da ternura
Al prodigio fatal de su hermosura,
Fruto feliz de peregrina ciencia.

Sin los negrores del pristino seno
La Erinnia es nube que encerraba el rayo,
Convertida ante el sol de su desmayo
En tul glorioso del cenit sereno.

Y al ver la sombra que le presta amante
La expresión de su vida arrobadora,
Exclama meláncolico el pasante:
¡Oh! noche más brillante que la aurora!



Ángelus.

Adoro ver los frailes capuchinos
Con luengas barbas de flotantes linos
Entre los muros de la vieja Roma;
Cuando elevan sus rezos vespertinos,
Los nobles cantos de oración divinos,
Y dulce tarde en el confín asoma.

Sueño y evoco á Fray Cristóbal, santo
Del gran Manzoni, que indecible encanto
Dió á las auroras de mi tierna infancia:
¡Belleza pura de cristal y llanto,
De caridad y de plegaria, manto
De Dios con soplo de inmortal fragancia!

Se oyen sonar las dulces oraciones,
Que ponen en la luz salutaciones,
Y al hondo mal combaten fervorosas;
Yo columbro los pinos en legiones,
Por las lejanas sendas, y visiones
De otro tiempo me asaltan cariñosas.

Surge la quinta de mis padres, lleno
De los frescores de su verde ameno,
Enternecido, el Ángelus murmuro;
Gime una fuente de cantar sereno,
La Biblia encuentra su latido bueno,
Y brotan astros en el cielo puro.

Desparecen los frailes capuchinos
Con luengas barbas de flotantes linos
Estremeciendo la vetusta Roma;
Y se van cual visión de los divinos
Huertos de Dios, entre himnos vespertinos,
Dejando al alma luminoso aroma....

Aqua Paola.

La cruz de hierro del frontón, cual asta
Toca el azur resplandeciente y terso;
En sus contornos el azur se engasta
Etérea rima del macizo verso.

Dos ángeles sostienen el escudo
Y el águila caudal de Pablo Quinto;
Del corazón de la fontana, rudo
Torrente salta fragoroso al plinto;

Y en cuatro curvas, cual con cuatro cuerdas,
Vibrante forja seductora lira.
¡Oh! fuente abovedada, tú recuerdas
La dulce cuna donde Amor suspira;

El lago azul, la transparente copa,
Alzada al cielo, por pujante mano
Del bello monte, que á la ninfa Europa
Sol vivo ofrece en su cristal ufano.

Hoy ves tendida la Ciudad Eterna,
También eterna en tu canción sonante,
Con frescor vespertino de caverna,
Entre la luz de juventud vibrante.

Hay aliento de paz en tu frescura,
Engendra tu frescura la armonía,
Y tu cristal de ritmos de hermosura
Refleja en clara limpidez el día...

Tras el placer de coronar á Roma
Y lucir los recuerdos del Breciano,
El torrencial encanto se desploma
Por la senda interior del Vaticano.

Después, ante el San Pedro se levanta,
Á las columnas del Bernín domina,
Y en penachos gloriosos ilumina
Las frescas fuentes en que noble canta.

Allí, risueña en su feliz tersura,
La limpia voz de su rumor dichoso
Forja, humilde y sutil, campana pura,
Y llama á la oración del portentoso

Templo, alabando en su cantar, al mismo
Padre Supremo, que la crió tan bella,
Para volverla símbolo que sella
El beso del amor en el Bautismo.

Vibra, ¡oh! raudal, y á la fachada sube;
Sé frágil velo de cristal sonoro,
Un sueño azul evaporado, y nube,
En cielo espiritual con brillo de oro.

Teje la red de luminosa bruma,
Y haz volar en tus vivos resplandores,
Los iris, oración de los colores,
Que arranca el sol á la flotante espuma.

Prosigue luego tu marchar; te mira
El poeta con ansias reverentes,
Porque el voluble vendaval, que gira,
Moverá los penachos de otras fuentes.

¡Fuentes de la Prisión! Alzan cantares
Y fecundan las rosas y los lirios,
Del San Pedro, que brillan entre cirios,
Colorean y aroman los altares.

¡Oh! las flores, fulgir es su destino,
Ofreciendo en el templo soberano,
Humanas obras del pensar divino
Á obras divinas del cincel humano...

Aqua Paola, llegada desde el monte:
Mensaje de los lagos; armonía
Que juntas como el límpido horizonte,
Cielo y tierra en tu extática alegría;

¡Quién, semejante á tu cristal alado,
De las fuentes dichosas himno fuera,
Sucumbiendo después de la carrera
Místicamente en el jardín sagrado!

Paulina Borghese.

Dice la estatua con su pétrea espuma:
«Soy de carne viviente»; y el triclinio
Feliz responde: «Mi blancor de arminio
Cubre almohadones de ondulante pluma.»

Semiacostada la imperial señora
Es foco de hermosura peregrina:
Flor cautivante de la edad latina
Vierte destellos de la griega aurora.

La onda elegante de la viva seda
Del pelo, se combina en el bordado,
Como un encaje de la Gracia alado
Las mariposas del Pensar enreda.

El seno tiende su jardín florido
Por el abierto manto, y deslumbrante
El torso entero, casi palpitante,
Calor infunde al mármol aterido.

La sangre azul que corre por sus venas,
Visible, estampa á su actitud un sello,
Y ondulan por sus brazos y su cuello
Relieves de las ánforas de Atenas.

Los vecinos Amores del Ticiano
Le robaron risueños las sandalias,
Por eso alegres, entre frescas dalias,
Sus alas miran como adorno vano.

Su mano ostenta la gentil manzana,
Como si fuera el abismante prisma,
Que alerta ofrece á la inquietud humana
Todo el misterio de la vida misma.

Pero en sus ojos desde el gran vacío
La Paz recibe, y en el mármol pleno,
La sensación se encauza como río
Que acaba en lago de cristal sereno.

Es, ¡sí! acostada la imperial señora
Foco de la hermosura peregrina:
Flor cautivante de la edad latina
Con un destello de la griega aurora.

¡Silencio! Se oye á Cánova que clama:
«Reinarás en el siglo, mi princesa,
Cuando no exista el que te esculpe y besa
Con un cincel, que, á tu contacto, es llama.

«Cuando no exista del contorno fino
De tu cuerpo, ni rastro de hermosura:
¡Ah! mientras lleno de inquietud me inclino,
Serena miras luminosa y pura.

«Al dar la vida, el escultor potente
Dice adiós á su vida, y en el gozo
De todo mármol de pasión, la mente
Graba intangible su interior sollozo.

«En venideros años te contemplo
Sin un reflejo de doliente rastro;
Entre los hombres vivirás cual astro,
Y harás del sitio en que te oculten, templo.»

Mientras se pierden las lejanas quejas
Del escultor, resplandeciente día
Fulgura en el salón, y la alegría
Ríe en el margen de las cosas viejas.

Á través de los vidrios, los vergeles
De Borghese suspiran junto al lago,
Las parejas persiguen el halago
De su voz, entre rosas y claveles;

Y reclaman los aires azulinos
Un alma estremecida de contento,
Desde el perfil de los romanos pinos
Ánforas verdes donde canta el viento!

El Fauno del Palatino.

Al pie del Palatino,
Tiende el Foro latino
El derrumbe de frisos y metopas;
Sus bóvedas y altares,
Tribunas consulares,
Arcos, columnas, capiteles, copas.
Los cipreses sombríos
Mezclan su vida á la inmortal miseria
De bloques opulentos;
Las calles, como ríos,
Alinean sus fragmentos
Sobre la sacra arteria
Que no tiene más sangre que sus vientos.

En el mutismo sepulcral del Foro
Llueven vibrantes cataratas de oro.
Mas todo el poderío
Del sol se inmuta ante la piedra inerte,
Y del silencio de la vida y muerte
Brota penosa sensación de hastío.

Tumultuoso hervidero de océano
El soñador despliega,
Y en su mente febril es soplo vano.
La rebullente multitud que juega
En vivaz remolino,
La que cambia la Historia de destino
Y escucha á Marco Aurelio;
El ruidoso sepelio,
Triunfo de un muerto hacia la yerta gloria;
Las santas procesiones
Llevando al Circo dioses sin conciencia;
Las invictas legiones,
Los cantos de victoria,
La sutil elocuencia
Ante los espolones
Del Antium, el vocear de mercaderes
Al pie del Tabulario,
Las risueñas mujeres
Ofreciendo al amor gracias venales;
Mientras del gran santuario,
En las rojas literas las vestales,
Vienen vestidas con sus blancos chales;

Todo ese movimiento
No es más que un fugitivo pensamiento.

Las iglesias lejanas,
Las iglesias cercanas,
Vierten el son de místico lamento
Sobre el silencio pertinaz del Foro.
Cada arco es una tumba
Del recuerdo que zumba:
Sigue sonando el invisible coro;
Suenan ¡sí! las campanas
Acentos rudos y repiques de oro.
Las sombras soberanas
De misterioso duelo
Se mezclan al sonido,
Y en el ágil zumbido
Mueren cantando con ligero vuelo.
Sobre el ilustre suelo
Otras sombras están. Las invencibles
Pétreas sombras inmóviles, movibles
Las trazan fugitivas
Cual dibujos sensibles
De sus nostalgias vivas.
Y en los viejos santuarios

El sol tributa luminoso rito,
Bajando del imperio de infinito
Á tejerles quiméricos sudarios.

El épico chispeo
Del mármol, trucidado en su grandeza,
Canta el rapto de vida ciclopeo
Que á Roma dió relieves de Belleza.
Sobre el arco de Tito
Levanta el Coliseo
Su monte burilado de granito.
Ágatas de Getulia
Yergue en sus arcos de visión gigante
La basílica Julia.
Entre nubes de albor petrificadas
Guarda sus rayos Júpiter Tonante;
El Templo de Saturno, coruscante
Domina el de las vírgenes sagradas.
Aumentan los santuarios
De esplendor diamantino,
Y suben en legión como retiarios
Al pétreo Palatino.
Así secundan el invicto imperio
De los bloques de Livia, de Tiberio,

De Calígula, Augusto y Domiciano,
Gloria viril de la pujante mano
Que anhelaba dar blanco fundamento
Á la bóveda azul del firmamento!

¡Sueño loco! Parece de la cumbre
La visión, contemplada,
Magnífica cascada
De cósmico derrumbe.
Y allí, tú, Fauno misterioso, banco
Forjas, y al negro secular del muro
Das los fulgores de tu pecho blanco.

En un ciprés, seguro
Lazo dibuja la flexible hiedra;
La gracia irisdicente
De alto rosal, entre su luto medra
Y abre flores de sol. Sonora fuente
Murmurio de las aguas mezcla al canto
Del viento en el laurel; mientras el llanto
De invisible interior estalactita,
Con paciencia infinita
Labra la crin de su león broncíneo;
Y tú, Fauno apolíneo,

Ante las frescas rosas
Los pies desnudos en violetas posas.

Joven y venerable
Perdió tu pelo su ideal blancura,
Con el mensaje, que la lluvia amable
Arrancó de tu palio de verdura.
No pides á la selva
Que en los perfumes de su amor te envuelva,
Mas brillas, y te antojas
Si el sol te besa, coronado de hojas.
La experiencia del Tiempo te ha servido:
Tú, el último habitante
Del imperio abolido
De la Gracia, por muerta, suspirante;
Tú, que tuvistes en la voz las linfas
De fuente acariciante
Para encantar las ninfas;
Y en la lengua las mieles,
Y en la sangre fulgores,
Y en el aliento flores,
Capricante señor de los vergeles;
Hoy te sientes sagrado,
Te elevas entre el sueño de las cosas
Espiritualizado,

Y mientras viven las fragantes rosas
Y una pareja junta
El labio ante tus carnes luminosas;
Tú, ni miras, ni tiemblas, ni repunta
Tu lúbrico reir. Fauno divino,
Misterioso guardián del Palatino
Única estatua en la altitud perdida,
Resumen de la vida,
Tu boca indiferente
Ya al son del beso no palpita ardiente.

Tampoco adviertes el gigante orgullo
Que, entre los rotos marcos
De columnas y de arcos,
Trueca la brisa en musical murmullo;
Y cual vestigio vivo
De muerte colosal, sólo deseas,
Silente y pensativo,
La ilusión débil que soñando creas.

Así, tus pies descansas
En violetas y rosas,
Y en sus colores buscas esperanzas,
Y en sus perfumes alas vaporosas.

Contemplando los cielos te adormeces,
Y en el alba, en el día, y en los rojos
Crepúsculos, pareces
Cazar las nubes con tus blancos ojos.
Y si ese velo de las lianas, harto
De sus hojas, volviérase tejido,
Quizá pidieras, por la luz ceñido,
Sayal de monje al milagroso esparto!



En el Cementerio del Aventino.

Keats-Shelley.

¡Oh! tú que en Roma buscas el sagrado
Olvido en el misterio de las ruinas,
Y en los rumores de su bronce alado
Las esperanzas del Amor divinas;

¡Oh! tú viajero que en sus templos hallas
La riente luz que la plegaria encierra,
Ven á sentir al pie de sus murallas
El llanto de los sueños de la tierra.

Desdeña el mármol que ofreció en su vida
Pétreo jardín al esplendor de Roma;
El baluarte de Aurelio se desploma
Y el cementerio á meditar convida.

Deja un instante tus benditas preces,
Mira en las tumbas, natural sudario
De margaritas, y oye á los cipreses
Expandir su murmurio solitario.

Solitario murmurio de abandono,
Abandono del mundo miserable,
Mientras la muerte, compasivo trono
Alza invisible á la Piedad amable.

Yergue un sepulcro su laurel, los cuida
Tan sólo el viento que pasando llora,
Y en los misterios de la tarde flúida
Un hijo duerme de inmortal aurora.

Epitafio con sol de lo infinito
Anuncia, yace en el rincón un hombre
Que, amargo dijo al perecer: «Mi nombre,
Fué sobre el agua fugitiva, escrito»[a].

Guarda una verja el postrimer tesoro
Del joven Keats que su dolor custodia;
En vez de canto funeral, salmodia
De agudas ranas sibilante coro.

Él, más hermoso, que el gentil querube
Del rafaélico cuadro de San Sixto,
Pudo arrogante murmurar: «Existo,
Gloriosa es mi alma cual volante nube.

«Las ánforas colmé, de caravana
Que de sed perecía en el desierto,
Y el grito de la vida soberana
Se levantó triunfal sobre lo muerto.

«Miré á una virgen que enterraba triste
Al prometido, derramé mi llanto,
Y prorrumpió la virgen: *Dios reviste*
Mi hondo pesar de consolante encanto.

«Miré una fuente; se agotaba yerta;
Y con mis aguas le presté armonía,
Y la acuidad de su cristal despierta
Volvió feliz á reflejar el día.

«Miré un rosal; se consumía; flores
Le infundió mi rocío, y vi en altares
Ataúdes y fiestas, los colores
De gozo, de esperanza y de pesares.

«Fuí noble ritmo de creadora esencia,
La realidad, la fantasía, todo,
Á mi contacto se animó, de modo
Que en mis amores daba la existencia.

«En oro puro transformé mi escoria,
Amordazando al trueno escondí el rayo,
Y entre centellas de la luz de Mayo
Fundí en los cielos mi postrera gloria.»

....

Se fué, y el alma de la Musa, en duelo
Ante el despojo de su gran poeta,
Dando perfume de inefable anhelo
Volvióse, al sol primaveral, violeta.

Yerto evocaba á su Endimión dormido;
La Muerte lo besó como la luna,
Y su semblante fulguró bruñido,
Cristal sereno de gentil laguna.

Duerme bajo su lira, y lo acompaña
Bajo el pétreo brillar de dos pinceles,
El noble artista que endulzó la saña
Del Zoilo eterno de envidiosas hieles[b].

Y tú, Shelley, con tu alma de misterio,
Desterrado de ideales paraísos,
Le vistes animar el cementerio,
Noble y vivaz bajo sus blondos rizos.

Vibró la voz que en su sepulcro late,
Y justiciero le tejiste palma,
Mezclando á tus acentos de combate
La dulce Ofelia que vivía en tu alma.

Tu canto alzó la dignidad del Hombre:
Adonaïs, con lírica realeza,
Hizo del agua en que grabara el nombre
Keats, dulce fuente de inmortal Belleza [c].

Después, mirando el sepulcral paisaje
Tendido al pie de la muralla rota;
La musical vegetación salvaje
Humanizada al suspirar su nota.

El bosque de cipreses, de que fluye
También el son de murmurante ofrenda,
Y en cuyas cumbres el azur construye
Cual sobre verdes obeliscos, tienda.

Los pájaros que vienen de metopas,
De viejas ruinas, á evocar su duelo
En estas altas pensativas copas,
Por acercarse en su cantar al cielo.

Mariposas, quimeras de la vida,
Que alegran un instante los verdines,
Pues se van á buscar á otros jardines
La flor pintada de esplendor vestida.

El Ángel del Olvido que despoja
El Árbol del Silencio en un minuto,
Y ofrece con el sueño de la hoja
La Paz divina del sagrado fruto.

Y la sutil respiración que exhala
Dormida Muerte que morir anhela,
Para nunca soñar, mientras el ala
Del Tiempo móvil invisible vuela.

Todo te hizo adorar este paraje,
Deseando, cual tu voto lo atestigua,
Fuera final de tu violento viaje
El muro ilustre de la Roma antigua.

¡Nada más fácil que el mortal deseo!
Tiende el baluarte su doliente sombra
Y sobre musgos de la crespa alfombra,
Obscura piedra con tu nombre veo [d].

En la próxima tumba, pensativo,
Al fulgor de su lámpara sagrada,
Un genio mira, mariposa alada,
Psiquis helena de volar furtivo.

Mas, para detenerse en el amado
Lugar, cuántas jornadas de aspereza,
Tú, que según tú mismo, la Belleza
Desnuda viste como Acteón osado.

Á través de los campos de penuria,
Te acosaron tus propios pensamientos,
Sensaciones, transportes, sentimientos;
Jauría ardiente de la diosa en furia.

Y maltrecho, vibrante, perseguido,
Abandonabas Roma, sus altares,
Termas y estatuas por los glaucos mares
De onda crujiente y fraternal latido.

Tú auscultabas el son de su pujanza,
Las glorias de sus chispas y sus brumas,
El idilio gentil de sus espumas,
Sus cantos de dolor y de esperanza.

Tú evocabas las grutas de corales,
Y palacios de nácares divinos,
Emblema de los sueños cristalinos
Manchado en sangre de infelices males.

Insaciable, lanzabas tu barquilla,
Y al dibujar fosforescente huella,
Dabas tu mente á la sonante quilla
Pidiendo á la onda se volviese estrella.

¡Salve, espíritu inquieto y armonioso,
Alma de vida y soledad, ardiente
Astro que en pleno día refulgente
Brillaste, sin las sombras del reposo!...

Una noche, en el claro de la luna,
Le contemplaron sobre el leve leño
Las últimas sirenas del ensueño.
Estremecidas por la gran fortuna

De su visión, gimieron venturosas,
Cantando, para hundirle en el abismo,
Desparecer con él, y á un tiempo mismo,
Llorar vencidas y morir gloriosas.

El viento se interpuso: «Oh las sirenas
De áureos cabellos cual su voz, hermanas
Sois de lirios, de rosas, de azucenas,
Y de las flores que alabó galanas

En su azul misteriosa *Sensitiva;*
Mas yo soy la potencia del deseo,
Y él, gigante cantor de *Prometeo,*
Espera el golpe de mi furia altiva!»

Dijo y lanzó su vendaval: hirientes
Las nubes acudieron sin desmayo,
Y evocaron al Cáucaso rugientes;
Cruzó los cielos detonante rayo;

El mar, revuelto con sus aguas solas
Devoró la barquilla ante su grito,
Y lo que echaron al peñón las olas
Fué un náufrago inmortal de lo Infinito.

¡Ah! no vinieron á verter su lloro
Las sirenas de luz, pero abrumado
El grupo amigo contempló el ajado
Semblante; fuego á las espigas de oro,

Comunicó y á las resecas ramas;
Dijo Byron soberbio sus cantares;
El cuerpo griego consumióse en llamas
Frente al cristal de los calmados mares;

Mas salvó el corazón; y ese doliente
Nido amante de fúlgidas palomas,
Como arrojaran en la hoguera aromas,
Ser parecía del incienso fuente... (e)

Las cenizas en ánfora de argento
Descansan ya bajo la obscura piedra;
El epitafio lo murmura el viento
Al muro vivo de la triste hiedra;

Y Ariel, que en luz crepuscular se baña,
Repite las palabras complacido:
«Nada dél se perdió, y el mar temido
Volviólo cosa de riqueza extraña.»

¡Ah! tú puedes dormir. Está inconclusa
Tu losa; pronto brillará entre cirios
Cual un altar de la divina Musa;
Ya el orbe entero te prepara lirios.

¡Cuántos que llevan en el alma un mundo
De idea y sensación, como en santuario,
Sin dar las formas á ese mal profundo
Se perderán en infeliz osario!

Hay que partir; mientras de ti me alejo
Miro en la tumba hasta las nimias grietas,
Para poder decir á los poetas
Cómo en la paz de tu rincón te dejo:

Poniéndose tras de lejanos robles
El sol escribe un canto á tu memoria,
Y enciende sobre el muro que tu gloria
Resguarda, el oro de tus rimas nobles.

El Ángelus vibrante que suspira
Lanza su voz de misterioso anhelo,
Arrebatando con sonoro vuelo
El sueño alado que tu tumba inspira.

La Pirámide pétrea donde duerme
Cestius, ostenta el Águila sagrada;
El ave busca en su sitial inerme
Consuelo augusto á su vejez cansada;

Y al ruiseñor de tu sepulcro mudo
Dice: «No vueles, canta con mi hastío,
Tu hermana soy, en su armonioso escudo
Un monte brilla y te lo ofrezco, es mío.»

En tanto, emblema del pensar radioso,
Que su misma hermosura purifica,
Y que con vivo aliento misterioso
La misteriosa Muerte magnifica,

Un cuerno de la luna, alabastrino,
En el alto ciprés de la barranca,
Se eleva como el pétalo divino
De la apoteosis de una rosa blanca!



El Tasso.

Bajo el árbol perínclito que asoma
En la cresta más alta del montículo
Sobre el clásico suelo del Janículo,
Venía el Tasso á contemplar á Roma [f].

Venía cuando el último suspiro
De su alma inquieta, melodiosa y noble,
Se preparaba á proseguir el giro
De nubes raudas á través del roble.

Venía el Tasso á meditar; vestida
Por funéreo sarcófago, una fuente
Acariciaba el sueño de su mente,
Manando el son de la fecunda vida.

Él era también tumba; y en el llanto
De su fuente la esencia misteriosa
Aun derramaba el peregrino encanto
Que animó la Balada de la Rosa.

Alma mía que viste el verdadero
Sepulcro, donde triunfa de la suerte
Alzándose inmortal de cuerpo entero
Su estatua altiva en la materia inerte (g);

Alma curiosa que también has visto
Su lecho de dolor; la bruna cera
Con su rostro, y tallado en la madera
De los rosales de su padre, al Cristo;

Alma mía, pasante temeraria,
¿No comprendiste que al alzar tu acento
Aunque fuese con alas de plegaria,
Perturbabas la paz de su convento? (h)

¡Oh! el tosco Crucifijo de guedejas
Divinas, que besara suspirante
La boca que animaron las abejas
De Platón entre ritmo armisonante.

Alma mía, si es cierto que resides
Sin voz preclara en la mortal escoria,
Y nada has hecho por la excelsa gloria
Del Dios de luz de su cantar, no olvides

Que tiene esencia del pujante vuelo,
Cual de la gracia que gentil derrama
La hoguera alzando su fulgor al cielo,
La más humilde y fugitiva llama.

Alma mía, que viste el níveo muro
Vuelto de nieblas en espejo raro,
Que ofrece, envuelto en la prisión de un aro
De viejo bronce, su cristal obscuro.

El velo de sutil melancolía,
Al gozo intenso del planeta esquivo,
Refleja y ensombrece la alegría:
Símbolo muerto de su genio vivo.

Alma mía, que vistes en el hierro
De la caja de roble, roja herrumbre,
Y contemplastes el sombrío encierro
De sus octavas de armonía y lumbre:

¡Con cuánta majestad, la indefinible
Mudez de la hermosura de los sones,
Te hirió como una brisa bonancible
De plegarias, de ritmos y visiones!

Alma mía, que viste su retrato
De perseguido de la fuerza ignara
En la prisión horrible de Ferrara;
Do la fiebre con férvido arrebato,

Y los espectros pálidos del miedo
Surgentes de tinieblas de infinito,
Le arrancaron venciendo su denuedo
De los misterios de la vida, un grito;

Alma mía, que vistes el labrado
Tintero en roble, que le dió pujante
Savia, con la grandeza murmurante
De la copa del árbol evocado;

Y que á la idea de frescura rica
Tornó hoja glauca, ante la luz celeste,
Y ante la acción, que al hombre dignifica,
En el cantar de la cristiana hueste;

¡Oh! adelanta, alma mía; el soberano
Roble macizo en que apoyó su frente,
Á Roma viendo como mar viviente,
Es de ese roble de su Musa hermano.

Meditando soñaba. Abajo, rudo,
El vivir tumultuoso se tendía,
Yendo á tocar por desbordante vía
El cinturón de las montañas mudo.

Sobre casas erguíanse palacios,
Sobre palacios el viril castillo
Del Ángel de Oro, y sobre el ángel, brillo
Despedía de cruz en los espacios,

El San Pedro con cúpula que arredra
Por el vértigo inverso de su vuelo,
Alma pujante que buscando el cielo
Plasmó plegaria colosal de piedra.

El Tasso meditaba. El Palatino
Erizado de ruinas ante el Foro
Oculto en tierra, le mostraba el sino
De los palacios imperiales de oro.

Aun resistiendo en su inmortal desgracia
El Coliseo, gladiador tumbado,
Alzaba inmenso su postrer costado
Pidiendo al golpe de los siglos, gracia.

Los templos daban su visión perdida
En torno del corintio de Saturno,
Y el mismo sol al derramarles vida
Creaba silencio sepulcral nocturno.

Las aguas de los montes, armoniosas
Como sus nombres, en gentil corriente,
No animaban las ninfas, ni el ardiente
Tropel de faunos, al regar las rosas.

Ya no fulgían como el sol, risueños
Los dioses de la fábula divina,
Ni sus estelas de graciosos sueños
Con el frescor de la Hélade pristina.

¡Qué importaba! La cúpula gigante
Cubría la Sixtina, de saetas
De oro y luz, y nacían los profetas
Oyendo el rayo de su Dios tonante.

Cada tumba era altar, por la victoria
Del alma vencedora de la muerte,
Y producía sobre el mármol fuerte
El sol, claro de luna de la gloria.

Bonfigli puro convertía un nardo,
En querube, y brotaba milagrosa,
Del Corregio la gracia voluptuosa
Y el misterioso enigma de Leonardo.

Boticelli pintaba las angustias
Del alma en fuego y de la carne triste,
Y reflejaban sus bellezas mustias
Ignota lumbre que el ensueño viste.

Entre matices del color el Beato
Angélico decía la bonanza
De la Oración, y el místico arrebato
De su Escuela de Amor y de Esperanza.

Rafael á la virgen y al querube
Prestaba encanto de esplendor sereno,
Mientras dulce ascendía el Nazareno
En el Tabor sobre gloriosa nube.

¡El Nazareno! manantial fecundo
Vino hasta Italia de su roca, y riente
Y pensativa se formó la fuente
Del nuevo amor en que se mira el mundo.

Por él crecía el plástico tesoro
Y Dante daba en su rimar eterno,
Si á los límpidos cielos arpa de oro,
Lira de bronce á su doliente infierno.

Ante el rumor del agua de Vauclusa
Audaz retando á la maldita Parca,
Vibrante hacía en su dolor, Petrarca,
Mística rosa de su ardiente Musa.

Y el de Sorrento melodioso Tasso
En marcha por los montes hechiceros,
Oyó el rumor de Apolo en el Parnaso
Y al Gólgota corrió con los guerreros.

¿Por qué llorar la muerte de los dioses
De la Belleza, si al hallar al Cristo
De la Verdad, relámpago no visto,
Coro encendía de preciosas voces?...

Tal como ahora, desde el monte Mario
Al Janículo triste, iba la tarde
Azul tendiendo su ideal sudario;
Y las campanas á la sombra que arde

Decían el amor del vespertino
Ángelus, rezo de sonoro anhelo,
Que humano nace y que con santo vuelo
Sube á los aires á morir divino.

En gasa transparente y encendida
Del arrebol, mortaja de los montes,
Bogaban sobre vastos horizontes
Flores y frutos del jardín de Armida.

Eran del sol las voluptuosas pompas.
Pero pronto, del mismo firmamento
Venía en soplo de furor violento
Épico son de formidables trompas.

Las figuras de fiebre y de heroísmo
Agitaban la mente del poeta,
Y las sentía con piedad secreta
Salir robustas del mortal abismo.

Godofredo traía de su viaje
La luz eterna del Sepulcro Santo,
Y la tendía en intangible manto
Sobre Roma. Después, en el paisaje,

Silvia sembraba las risueñas flores
Del valle antiguo en luminosa cinta,
Y cantaban bucólicos amores
Los pensamientos del pastor Aminta.

El corazón ilustre y desolado
Su ritmo vivo apresuraba ardiente:
Sentido había en la marchita frente
Frescor incierto de besar alado.

Después, deshecha como un son, Leonora
Dejaba en el crepúsculo tranquilo,
Rojo recuerdo de potente aurora
Buscando en su alma inmaterial asilo.

¿Cuál era la verdad? ¿Cuál la mentira?
¿En dónde estaba la ficción? Vibrante
Encontraba ese mundo alucinante
El existir de su armoniosa lira.

Y era verdad también el egoísmo
Y la injusticia del señor protervo,
Y el dolor de su genio de heroísmo
Al contemplarse de los reyes, siervo.

¡Ah! sentir en la fuente construída
Por funéreo sarcófago, sin llanto,
Sin inquietud del alma y sin quebranto,
Rumor cantante de fecunda vida.

¡Ah! vivir tal el cedro de verdura
Y armonía y pujanza, sin sentido,
Tendiendo á la ficción de mente pura
Las sombras densas en augusto nido.

Y crecer sobre el borde de la loma,
Y llamar á los pájaros del cielo,
Y ser el palio de eternal consuelo
Sobre la inmensa agitación de Roma...

El Tasso meditaba. Así podía
Pensar vecino á su postrer suspiro:
¿Quién prestó á la fatal melancolía
Más melodioso y fulgurante giro?

Pródigo trovador de la Belleza,
Dejó caer los ritmos de sus cantos
Lleno de amor en su imperial riqueza,
Cual del purpúreo lujo de los mantos,

Del cuerno altivo, del mullido peto,
Miraban derramar sin detenerlas
Los dogos del Ticiano, Tintoretto,
Y Veronés, las fuentes de sus perlas.

Su alma azul, como el cielo de la Italia,
Al rumor de los lagos cristalinos
Mezcló el rumor de los esbeltos pinos;
En sí llevaba su inmortal Castalia.

En sí llevaba las doradas mieles
De Grecia la divina, y, de panales,
Á su voz, se cubrieron los laureles
De las líricas villas señoriales.

En sí llevaba del amor, la llama,
Y cristiano, poeta y caballero,
Ofrecía á los ojos de su dama
La cruz, la lira y el valiente acero.

En sí llevaba la virtud del Lacio
Donde cantan las rosas cual las aves,
Y las aves alegran el espacio
Como las rosas con sus tintes suaves.

Árbol de raza de vital resumen
Transformó con pasión y fantasía,
Al soplo azul de doloroso numen
Savias del sol en hojas de armonía.

Y fué el cedro del Líbano potente
Ante la estatua y el laurel latino;
Y las alondras en su verde riente
Aprendieron el canto matutino.

Y Roma comprendió. Desde este solio,
Pedestal que domina su grandeza,
Quiso llevarle al viejo Capitolio
Entre triunfales mirtos. La belleza

Del patrio suelo desde el mar al monte
Vistió la lumbre de su gracia fuerte,
Cuando fatal de pie en el horizonte
Sombría irguióse y prorrumpió la Muerte:

«Prestad himno vibrante á su memoria,
Mas no diademas al poeta vivo,
Yo soy la augusta madre de la Gloria
Y los laureles del jardín cultivo!»

Las noches de Roma.

¡Ah! las noches de Roma y sus misterios,
¡Ah! la vida que mana de la muerte...
Se templa en los sagrados cementerios
Sobre las cruces el acero fuerte.

Marchad por las colinas solitarias;
Las brisas legendarias
Arrancan á las hiedras y á los vagos
Marchitos jaramagos
Movimientos de férvidas plegarias.

Saludad al gigante
Coliseo dormido:
En su inmenso pensar hay un latido
De corazón vibrante.

¡Ah! las noches de Roma y sus misterios,
¡Ah! la vida que mana de la muerte...
Peregrino, ¿no escuchas en lo inerte
Resonancias de místicos salterios?

Las catacumbas duermen. La elegía
Del viento gemebundo
Eleva al cielo la inquietud del mundo.
¡Oh! doliente alma mía;
Alma mía que lloras
Embargada por mal desconocido,
Ausculta el pensamiento estremecido
De la noche soñando con auroras.

Sobre las catacumbas, limpia fuente
Murmura melancólicas querellas
Y flotan las estrellas
En el cristal doliente.

¡Ah! las flores del cielo
¡Con qué inefable anhelo
Proyectan lumbres de vital consuelo!

¿Estrellas misteriosas
No sois maravillosas
Apoteosis de lirios y de rosas?

Desde la margen de la fuente, mira
Un ángel de silencio y de plegaria,
Que en su propia belleza solitaria
Tiene la voz de su divina lira.

Los prodigios empiezan;
Las aguas cantan y las cosas rezan.

El querubín radioso
Al cristal tembloroso
Saluda cual salterio melodioso.

Fascinador, callado,
Sintiéndose arrobado,
Augusto sueña ante el vergel sagrado;

Y trenza con los astros ideales
Coronas, cual si fuesen rosa y lirio,
Sobre restos mortales
De viejas almas que libró el martirio.

Cuando llega la aurora
Tiende el ala sonora,
Pero vuelve de noche; ya la hora

Se anuncia de las luchas inclementes;
El fuego de los blancos incensarios
Encenderá el volcán de los santuarios:
¡Nuevas coronas ceñirán las frentes!...

Por eso el ángel del jardín cultiva
Las estrellas, y pone entre las flores
De los reflejos, místicos olores
Con su lenta mirada pensativa.

Roma, Febrero-Marzo, 1907.



NOTAS

(a) En la parte abandonada del cementerio, junto á zanjas rebosantes de lodo, está la estela funeraria de Keast.

Ahí yace, según la expresión de Oscar Wilde, el más joven de los mártires, bello como San Sebastián, y como él condenado á muerte prematura. El epitafio dice así:

THIS GRAVE
CONTAINS ALL THAT WAS MORTAL
OF A
YOUNG ENGLISH POET
WHO
ON HIS DEATH BED
IN DE BITTERNESS OF HIS HEART
AT THE MALICIOUS POWER OF HIS ENEMIES
DESIRED
THESE WORDS TO BE ENGRAVED ON HIS TOMB STONE
"HERE LIES ONE
WHOSE NAME WAS
WRIT IN WATER".
FEB. 24, 1821.

(b) Al lado de la estela de Keast se eleva la de Joseph Severn. La de aquél tiene esculpida una lira; la de éste una paleta y dos pinceles. El cantor de *Endimión,* enfermo del pecho en Roma y angustiado en su pobreza porque sus amigos no le devolvían sumas prestadas en tiempos mejores, acabó víctima de la consunción producida por la rotura de un vaso.

Un artículo imbécil de la *Quarterley Review,* atribulándolo, precipitó el desenlace. Keast, tuvo el honor de arrostrar la furia, que la crítica profesoral y la de los tinterillos de gaceta, desata siempre sobre todo verdadero artista. Byron, que se había disgustado con él, á causa de su poco amor á Pope, reconoció, violentamente, ante esos ataques, que el fragmento de *Hyperion* era digno de Esquilo. Pero sus días estaban contados, y se extinguió poco tiempo después, á los 24 años. Severn lo asistió hasta su último momento con diligencia y ternura. Shelley, en el prefacio de su *Adonais,* después de llamar miserables á los críticos «de uno de los más nobles modelos de la obra de Dios», lamenta no haber incluído al pintor en su canto, por ignorar su conducta.

(c) Adonais es el título de la elegía de Shelley á Keast. Recuerda el epitafio de Bion, escrito por Mosco: «¿Qué veneno?, ¡oh! Bion, manchó tu boca, ¿qué veneno fatal pudo tocar sin dulcificarse tales labios? ¿Qué mortal fué salvaje hasta ofrecerte veneno mientras hablabas ó para huir de tu canto?»... Jamás acentos más hondos y bellos, estremecieron la lira humana. Jamás se profetizó con más melancolía el propio porvenir. Desde que sonara el poema en lengua inglesa, Carducci pudo justicieramente proclamar á Shelley en sus *Odas Bárbaras:* «espíritu gigante de virginales formas.»

(d) Shelley visitó este cementerio, declarándose ante el sepulcro de Keast enamorado de la muerte. Hoy duerme cerca de su amigo, al pie de las murallas del antiguo circuito de Roma. Domina las tumbas de la parte más cuidada sobre la más alta pendiente. Su sepulcro no tiene nada de monumental. Lo compone una simple losa con su nombre: Shelley. Más abajo se leen dos palabras: Cor Cordium. Según Rabbe las inscribió Leigh Hunt. Y Trelawny hizo esculpir tres versos, que Ariel canta en *La Tempestad*, de Shakespeare:

Nothing of him that doth fade
But doth suffer a sea-change
Into something rich and strange.

(e) Cuando los amigos de Shelley quemaron su cuerpo, quedó intacto bajo el fuego, según cuenta Brandes, el corazón. Trelawny metió arriesgadamente la mano y pudo retirarlo.

(f) El árbol se conserva á un lado del sarcófago. En una placa incrustada en el muro del paseo, se han inscripto estas palabras:

S. P. Q. R.
ALL OMBRA DI QVESTA QVERCIA
TORQVATO TASSO
VICINO AI SOSPIRATI ALLORI E ALLA MORTE
RIPENSAVA SILENZIOSO
LE MISERIE SVE TVTTE
E FILIPPO NERI
TRA LIETI GRIDA SI FACEVA
CO FANCIVLLI FANCIVLLO
SAPIENTEMENTE.
MDCCCXCVIII.

El viajero, que sentado un instante á la sombra del árbol, contempla desenvolverse abajo, el espectáculo maravilloso de Roma, oye á menudo leer la inscripción. Los naturales del país, en efecto, lo hacen siempre en voz alta; y hay armoniosa relación entre esas entonaciones musicales, el cielo azul y el verdor de los pinos italianos.

(g) Este sepulcro está en una capilla de la vecina iglesia de San Onofre. La tumba primitiva del Tasso, cavada en el muro, guarda aún su epitafio. El sepulcro actual, donde reposan las cenizas, fué mandado construir por Pío IX. La estatua del poeta, de tamaño natural, puesta de pie, surge y se recuesta en el sepulcro mismo.

(h) Cuando el papa Clemente VIII quiso coronar al Tasso, éste, que vivía en Nápoles, descendió un día del mes de Abril de 1595 en San Onofre. El convento está á cien metros del árbol. En la celda que ocupó el huésped consérvase piadosamente el Cristo, regalo de su padre; su espejo, muy curioso, hecho con una lámina obscura; su mascarilla de cera; el arca de los originales de *La Jerusalén Libertada*, etc. Al llegar, dijo el poeta á los monjes: «Mis Padres, vengo en realidad, á morir entre vosotros.»

Murió, en efecto, poco tiempo después, y de acuerdo con su profecía, en lugar del carro de triunfo, le ofrecieron en Roma, un féretro.




TRÍPTICO MITOLÓGICO

A Rafael Obligado.

El Laurel de Apolo.

Á Pitón el dragón, el dardo agudo
De Apolo ha muerto; la fulgente llama
Del gozo inmenso que su ser inflama
Al dios le presta invulnerable escudo.

Camina al son de armisonante estrofa;
Entre rosales se detiene ante Eros
Y acallando sus cánticos guerreros,
De los murmurios de su voz se mofa.

El frágil niño preparaba flecha
De Repulsión; más al sentir sonante
La risa, airado lánzale derecha
Una de Amor, con altivez vibrante.

Como espina, sin fuerza, de su seno
Sácala el dios; prosigue su camino;
Las rosas aclamándolo divino
Reflejan luz de su esplendor sereno.

Llega á la selva de perfume grato,
Á Dafne encuentra; tumultuosa vida
Le arde gloriosa en la invisible herida,
Y es su voz llamarada de arrebato:

«Ninfa radiante del feliz Peneo,
¿Qué destino mejor para mi lumbre
Que el de bañarte, y en sagrada cumbre
Las flores crear del inmortal deseo?

«Ya en mí la dicha á la mujer saluda,
Ven á mis brazos, garrida doncella,
El gran amor que tu destino muda
Te hará de un dios inmarcesible estrella.»

Cupido riente entre la sombra brinca,
Lanza á Dafne oportuno dardo fiero
De ruda Repulsión; y con ligero
Paso en el bosque la deidad se intrinca.

«No huyas, detente, si la espina toca
El blanco cuerpo, te herirás; tan sólo
Besar desea arrebatado Apolo
La roja herida de tu excelsa boca.»

Dafne salva las lindes, acelera
Entre asfódelos pálidos, la huída,
Y á los narcisos de gentil pradera
Destroza alada en su veloz corrida.

«Detente, adora mi viril ternura;
Por vez primera la pasión desata
En mí su limpio fuego de hermosura,
Hondo torrente de encendida plata.»

Dafne no escucha, mas rumores siente;
Canta el Peneo su canción, la ninfa
Se precipita en la armoniosa linfa
Y sale al borde de las aguas riente.

Savia penetra por su cuerpo tierno,
Su piel se vuelve cálida corteza,
Y ostentando flexible gentileza
Yergue la rama, de verdor eterno.

Palpa Apolo su tronco entre congojas;
Advierte al par que tétrico lo agita,
Un corazón que en su interior palpita
Y ritmos presta á las vibrantes hojas.

Después despoja su belleza pura,
Teje diadema de frescor sonoro,
Y engarza la metálica verdura
Al brillo intenso de su lira de oro.

Eros se baña, y al mirar la escena,
Desde el cristal fulgente que perturba,
Grita: «¡Oh! Apolo, la flexible curva
Del árbol, con la fábula resuena.

«No me guardes rencor, la lucha amante
Fué para así simbolizar la aurora:
¿Quién en los campos de la Grecia ignora
Cómo ella corre ante tu sol levante?»...

Mas el Peneo le responde: «Planta
Es la hija dulce de mis ondas, bella,
Que aun apenas naciente ya descuella
Y da el murmurio del verdor que canta.

«Laurel, he ahí su melodioso nombre,
Al perseguir la ninfa transitoria
De hermosura mortal, buscará el hombre
En él acento de perenne gloria.

«Mas cual infunde á la verdura tierna
Dafne el ritmar de corazón sangriento,
Del bardo invicto prestará el tormento
Fulgor fecundo á la armonía eterna.»

Suena el dios de la Luz su noble lira
Para arrobar á Dafne, y gemebundo
El corazón en el laurel expira:
¡La planta es tumba al encantar el mundo!

¡Ya va al influjo de ansiedad secreta
Á substituir el corazón pristino
Con pies humanos el audaz poeta,
Noble argonauta del laurel divino!...

Eros al río responder aún quiere,
Cuando paloma revolante pasa,
Seguir la luz de su blancor prefiere,
Feliz se arropa en transparente gasa,

Y ágil, cual mariposa centellea,
Entre celajes de lo azul, rosado,
Camino del altar de Citerea
Sin los recuerdos del dolor sembrado.

PARÍS.

Adonis.

Recuerda el poeta la historia de Adonis.
Por él la caricia feliz del Estío
Prestó á los amores la vida suprema.
Después, porque ha muerto y hay siempre verano,
Y han muerto las ninfas y hay siempre pasiones,
Y Venus no existe y el hombre no mira
Cual ciertos los hilos de luz de la Fábula,
El hondo misterio que inquieta las almas
Tiñó de tristezas el gozo del mundo.
Evoca el poeta la gloria de Adonis.

* * *

Un himno canta la graciosa espuma
De la fuente de Venus, y en las linfas,
Eros más leve que volante pluma
Ríe mezclado á las risueñas ninfas.

Cipris contempla las lucientes franjas
De arrebolado cielo, y el prodigio
Del árbol fontanal, que de naranjas
Cubierto, ostenta su gentil fastigio.

Los frutos tienen alma misteriosa
Llena de incienso de invisible vuelo:
Eros se lanza de la fuente al cielo,
Vuelve á los hombros de la augusta diosa;

Hacia el ramaje de vibrar sonoro
Agudas flechas fúlgidas desata,
Y hendidos al volar los frutos de oro
Dan en la linfa de oscilante plata.

Las ninfas los esperan. Si de la onda
Los arrebatan, con frescor de fuente
Gustan el fuego de la piel luciente:
Arpegio de las aguas y la fronda.

Si los detienen al cruzar el aire,
Sobre el áureo matiz que aroma exhala
Comen sol, palpitante, en el donaire
Del breve vuelo fingidor de un ala.

Los ninfas se emponzoñan (pues las flechas
Infiltraron al fruto encantamiento);
Oyen á Pan, que canta por las brechas
Del bosque, lanzan misterioso acento,

Y Venus, que devora la inefable
Viva fruta de amor, entre sonrojos,
Sintiendo inquieta languidez amable
Las mira absorta con extraños ojos.

* * *

Pasa un instante. El melodioso canto
De la flauta de Pan, es himno ardiente;
Nace Adonis de un árbol, y sin llanto
Al sol saluda, desenvuelto y riente.

Dan fruto todas las nupciales flores;
En torrente la savia del renuevo
Vibra explosión de tintes y de olores
Ante la imagen del gallardo efebo.

Venus se inmuta en el ardor sombrío;
Las ninfas enmudecen; la fontana
Gentil, ansiando retratarle, ufana,
Dibuja un cauce y le presenta un río.

Y es tal el garbo de las formas bellas
De Adonis, y hay tal luz en su alegría,
Que Venus dice: «Cuando muera el día
Tendrán sus ojos resplandor de estrellas.»

Él en tanto recibe el homenaje
Como una flor que su perfume ignora,
Bebe la miel de un tronco, y al paisaje
Presta en la tarde el triunfo de la aurora.

Las ninfas, voluptuoso movimiento
Con sus lánguidos cuerpos esculpidos
Tejen, dando al volcán de sus sentidos,
Relieve, y voz al susurrante viento:

«Maravilla del mundo y de la esfera,
Mensajero del sol, viva quimera,
Hijo del árbol y del sacro río,
¿Qué traes á la eterna primavera
De la región de Venus?»

ADONIS

«El Estío.»

LAS NINFAS

«No queremos saber si esa palabra
Júbilo ó duelo misteriosa labra;
¡Oh! cuán intensa decepción, al verte
Rutilar entre lampos hechiceros;
Rey te creímos de un amor más fuerte
Y más divino que el amor de Eros.»

ADONIS

«¿No estabais encantadas con los frutos
Áureos surgidos de las níveas flores?
¡Oh! saludad felices los minutos
Contados por sus vidas de colores.

Fueron nuncios de noble nacimiento,
Pues ya iba el tronco de la dura acacia,
Á crear risueña, desde su alto asiento,
La riente luz de mi flexible gracia.

¡Oh! mirad de los pájaros las plumas,
Son una gama en que el Amor chispea,
Y los que tienen en sus trajes brumas
Cantan, y el sol en su trinar gorjea.

Ved cómo aclama la feliz paloma
La opulencia fecunda del cerezo:
La flor es labio, es ilusión y aroma,
El fruto ofrenda, realidad y beso.

Soy calor en las savias lujuriantes,
Y brindo palios de rumor alado,
Lechos mullidos de hojas refrescantes,
Discreta sombra de rincón soñado.

Soy el triunfo viril de la sonrisa
De vuestras primaveras, y fecundo,
Aumentando el misterio sobre el mundo,
La fuente, el valle, el corazón, la brisa.

Yo conduzco al Amor. Formad el coro;
Presten las hiedras á los tirsos, hojas;
Ostente flores cual la sangre rojas
El hilo suelto del cabello de oro.

Ya la faunalia estremeció la selva,
Id al reclamo, perfumad el viento,
Y que en sutiles gozos os envuelva
La clara luz de mi divino aliento.

Ya eleva Venus el supremo grito,
Me llama al pie de fuente estremecida:
Hija del Mar y el Cielo, lo infinito
De la onda ofrece su cambiante vida.

Como yo obedeced á la Belleza:
Hasta el rugido de los leones, fuerte,
Calma su ritmo de viril terneza,
Y da color á la luctuosa Muerte.

Mientras Pan con su flauta melodiosa,
Del bosque encanta los confusos senos,
Corred, volad, dejadme en los serenos
Campos alegres de la dulce diosa.

Es el divino manantial fecundo,
Todo el Amor en sus entrañas lleva,
Y en la luz de sus ojos se renueva
La rumorosa juventud del mundo.

* * *

Acércase á la fuente,
La luna está en su frente,
Y á Venus dice Diana:

«¡Oh!, mi gentil hermana,
La gratitud es gloria de la mente.
Al buscar á Endimión por la espesura
Eros abrió la indómita verdura,
Y así mi rayo acarició al durmiente.

«Devuelvo la merced con un aviso.
Marte quiere destruir tu paraíso,
Pues odia á Adonis. Sus amargos celos
Crecen; vigila; su rencor no olvides;
Yo retorno á los bosques y á los cielos:
¡Triunfa feliz en las amantes lides!»

* * *

Cuando Adonis latir de sangre ruda
Siente en las venas, y coronas muda
Por arreos de fuerte cacería;
Los Amores se llevan la jauría;
Modulan himnos las amables Horas;
Les responden las voces seductoras
De las Gracias; con aire blando y vivo
Tejen las ninfas su danzar festivo;
El mancebo se calma, y Citerea,
Mirándose en sus ojos, se recrea.

El tiempo pasa. Por la selva en sueño
Cruza una noche singular beleño
De hechizado jardín; clarea el alba
Y el sortilegio de la infausta malva
Sólo al mancebo lo respeta; inerme
La corte toda perezosa duerme.
Adonis, ya despierto, ve una fiera;
La combate viril; rompe la artera
Hacia el bosque; se intrinca, y otra garra
Potente hiere al cazador, que amarra
El hierro al arco, con inútil brío,
Pues la bestia se oculta. Mas bravío
Se presenta, y se escapa por el claro
Mismo del bosque, luminoso y raro
Ciervo, que Adonis acomete ardiente;
Va tras él, como el viento; ya la fuente
Sagrada aborda, y de prudencia falto,
Ágil lo sigue en su violento salto.
Turban la calma del glorioso espejo;
Después se hunde intangible en el reflejo
La fantástica bestia, mientras nube
De sangre baja, y ondulante sube
Por el cristal: Adonis, que la arroja,
Muere cual sol en apoteosis roja.

* * *

Venus dejó que su pasión vibrante
De poderosa vida la vistiera;
No preguntó si el ansia devorante
Marchitaría en flor su primavera.

Así, la selva cuando en fuego cruje,
Acrece el paroxismo que la inflama,
Y el gozo ardiente de la hoguera ruge
Himno salvaje á su gloriosa llama;

Mas en la calma del futuro día
Los vivos troncos sobre el mustio duelo,
Lloran sus ramas, que eran armonía,
Bajo la limpia claridad del cielo.

Venus despierta y corre; la venganza
Le clava su aguijón entre pavores;
En tropel de inquietud y de esperanza
Van sus Ninfas, las Gracias, los Amores.

Hieren sus pies las ríspidas espinas,
Mancha con sangre las silvestres brozas,
Á su contacto, nacen peregrinas,
Por vez primera, fulgurantes rosas.

Y las rosas, brotando de la pena
Del Amor, multiplican sus matices,
Y tejen por el bosque una cadena
Que es el himno solar de las raíces.

De la fuente purpúrea del quebranto
Al noble cazador, saca Afrodita,
Y bañada en la sangre y en el llanto
De su amargura, formidable, grita:

«Yo sola sé lo que mi vida pierde.
Recuerdos mustios me dejó la hoguera;
Luzcan ótros al sol, pámpano verde,
Cenizas ornarán mi cabellera.

¡Oh!, mis bosques, gemid sobre sus rastros;
Bañad, ¡oh! mar, con perlas sus despojos;
Y el fulgor se evapore de los astros,
¡Ay! cual se extingue en mis marchitos ojos.»

LAS HORAS

«Nuestra diosa de sangre se ha cubierto,
Nuestra reina ha perdido su hermosura;
¿Quién podrá devolverle la blancura?
Llorad, ¡oh! montes, á su Adonis muerto.»

LAS NINFAS

«Llorad, ¡oh! valles, cual las ninfas lloran;
De los ríos se fué la luz de plata,
Ya no hay albores, y en las selvas moran
Como en las fuentes, lampos de escarlata.»

LOS AMORES

«Á los cisnes, de nube alabastrina,
Matan tinieblas de funéreo coro:
¿Con qué unciremos tras la triste ruina
El noble esquife venusino de oro?»

LAS GRACIAS

«No beben en las ánforas sangrientas,
Las del altar, palomas sitibundas;
Mirándonos sobre las aguas cruentas
Lloremos cual las aves moribundas.»

Venus, en tanto, su dolor domina,
De puro néctar al herido baña,
Y él se convierte con fragancia extraña
En la triunfal anémona divina.

Horas, Gracias y Ninfas, las risueñas
Flores, nacidas del Amor doliente,
Piadosas cogen de las agrias breñas
Y se las echan en gentil torrente.

Centro del valle entonces, Afrodita,
Halla ecos de pesar entre las cosas,
Y mezcla al viento su profunda cuita
Sobre tapiz de perfumantes rosas.

* * *

Después, de sus humanos funerales,
Perturba Adonis el letal infierno:
¡Oh! el fresco aroma, doloroso y tierno
De sus rosas mortuorias y nupciales.

Va sembrando el Amor en su camino;
El garbo esbelto de la nueva Sombra
Dibuja alegre en la aterida alfombra
Reminiscencia de su sol divino.

Derrama al avanzar, riente reflejo
De la savia feliz de que naciera;
Se anima á veces cual vibrante espejo
Con la luz interior de su quimera.

Lleva sudario de prodigio ardiente
El cuerpo yerto, pues la Muerte lo ama:
Es una helada, pero viva fuente;
Todo el Adés cuando lo ve se inflama.

Los muertos abren, al sentir su aliento
De rosas, vena del antiguo llanto;
Proserpina combate un pensamiento
Producidor de singular quebranto.

Y al fin, temblando ante la Sombra nueva,
Pide soplos de luz, y, en su memoria,
El himno intenso de la vida, gloria
Irresistible del Amor, eleva.

En tanto, allá en el mundo, triste hielo
Ha cubierto la tierra; verdes ramas
Sus hojas dan al vendaval; las llamas
Del sol no tienen entre brumas vuelo.

Y Afrodita solloza con tal pena,
Que Júpiter escucha enternecido,
Y á la Dite infernal, ligero ordena,
Volverle el bien de su pasión perdido.

Mas la otra amante su dolor no en vano
Muestra, y prorrumpe la piedad divina:
«Sea seis meses el efebo humano
La Sombra del amor de Proserpina.

«Pero, no extinga el germen de su fuego
Ni olvide á Citerea, que lo llora,
Y una mitad del año salga luego
Con su belleza de triunfal aurora.»

Y desde entonces, si en la Grecia Invierno
Hubo, jamás desesperaba el frío,
Pues Adonis volvía del infierno
Trayendo el sol del fecundante Estío.

NGHIEN.

Orfeo.

Argumento.

Las divinidades del Sol disputan la supremacía á las divinidades de la Luna, en la primitiva Grecia. Júpiter se opone á Hécate. El templo del culto masculino, está en la cumbre del monte; el templo del culto femenino á su pie, en medio de la selva. Aglaonisa, la reina de las bacantes sangrientas y lujuriosas, declara güerra abierta á los sacerdotes castos y apacibles. En ambos templos se practican los ritos. Vuelto hombre, aparece Orfeo, el hijo de Apolo, adolescente prodigioso, que desapareciera en otro tiempo. Narra á los sacerdotes del Sol su lucha con Aglaonisa y su amor por Eurídice; su visita á los infiernos en busca de su prometida, y cómo después de perderla, inspirado por ella, estudió los misterios en templos extraños. Así, verificó él la alianza de los dos principios opuestos, masculino y femenino. Luego los inicia en su doctrina secreta. Aglaonisa, en tanto, conoce su llegada, y con sus guerreros cerca el templo. En un momento en que ella no está, el Hierofante, elevando los Himnos Órficos, domina á sus enemigos, cual si fuese el mismo Apolo. La hechicera rompe el encanto, y lo hace matar. Sus fieles recogen el cuerpo y celebran sus funerales. Su lira es echada al Hebro. Corre sobre la corriente despertando el alma de los hombres y de las cosas. Desciende al mar y boga siempre. La imaginación de la Grecia, la ve llegar al horizonte, y penetrar en el Sol, y volver con él á cantar en su lumbre, como símbolo eterno de su armonía.

I

La lucha.

Del Kaukaión en la altitud risueña
El templo de Zeús, ágil diseña
La gloria de su mármol esculpido;
Bosque de encinas le construye greña
Y es sobre el canto de salvaje peña
Ave de paz en el guerrero nido.

En su dios de marfil y ojos azules,
Un firmamento sin manchantes tules
Refleja limpia majestad grandiosa;
Al refulgente trípode florido
Un anciano reanima, cual vestido
Por la nieve de cumbre luminosa.

Arde el incienso; misteriosa albea,
Legión de sacerdotes que desea
Coronada de mirtos y cipreses
Fundir su nieve en el divino fuego,
Y entre clamores de mandato y ruego
Alza la voz de melodiosas preces.

LOS SACERDOTES

«Las carnes transparentes anima ante Dionisio
La castidad de lumbre. Load el sacrificio.
La virtud es combate y el combate la gloria
Del ser, si puro canta, como el lino victoria.
Las almas armoniosas al ver nuestro oriflama
Ya lejos de la tierra, sobre divina llama,
Con alas entre amores de espirituales lazos
Se funden más robustas que con robustos brazos.
¡Oh! Zeus, tú, que tienes en tu mirada alerta
De broncas tempestades la formidable puerta,
Propicia á nuestros seres la calma bienhechora
Como el mirto al cabello da su frescor de aurora.
Fulgura sin eclipses, oh! celestial egida;
Borre tu albo rocío nuestras impuras huellas;
¡Evohé!, ¡Salve, Apolo!: su sol derrama vida
Y enciende sobre el sueño las místicas estrellas!»

Al pie del monte, entre el pinar enhiesto,
Un fauno suena con lascivo gesto
El tambor de las rudas coribantes;
Revestido de pieles de panteras
Ante una Hecáte de pintadas ceras
Se resuelve el tropel de las bacantes.

Los pámpanos floridos de sus frentes
Se entrelazan á frígidas serpientes
Del cabello; comienzan los prodigios
De Baco, y presta á la vibrante brisa
La flauta musical de Aglaonisa
El dulce modo de los cantos frigios.

Ménade altiva de furor protervo,
Lúbrica ríe, despedaza un ciervo,
Y enrojece los nítidos altares;
Las bacantes, con sangre de las piedras
Mojan los tirsos de festivas hiedras
Y modulan sus ríspidos cantares.

LAS BACANTES

«¡Oh! diosa misteriosa, lunar, divina Hecáte
En la sangrienta lucha del singular combate,
Derrama suavemente con tus propicios rayos
La embriaguez voluptuosa, los lánguidos desmayos.
Envuelve nuestros cuerpos en pálidos destellos.
Finja amoroso incienso tu lumbre en los cabellos
Y presta á las serpientes de silbos bramadores
Acentos delicados de dulces ruiseñores.
¡Oh! infunde á nuestros brazos; oh! infunde á nuestros ojos;
¡Oh! infunde á nuestros dientes, las furias, los antojos,

Las fuerzas y las gracias, de un rey de los felinos.
Así lleguen los hombres al oquedal de pinos
Y gocen en instantes fugaces las delicias
De los frutos del árbol febril de las caricias;
Después, murientes, mezclen la sangre de sus venas
Al vino, en que se escucha la voz de las sirenas.
¡Evohé! Silba el viento. ¡Cantad! Su furia alada
Repite al pasajero la loca carcajada.
¡Evohé! Ya se acerca. Sentid. Trasciende el río.
¡Evohé! Cante el ave, la fuente, el sol, la rama,
Y exulte entre los bosques la gloria del estío,
Que presta á la lujuria su corazón de llama!»

El cielo se enturbia, se torna rugiente,
Los vientos responden al trueno rodante,
El monte se encrespa, se cimbra doliente,
Las nubes desgajan el rayo potente
Del arco siniestro de vivo diamante.

LAS BACANTES

«Hiere, oh! tú, rayo de furor tonante,
El templo de Zeús; entre fulgores
El coro de su culto pulveriza,
Y déjanos formar con su ceniza
El lecho de los báquicos amores.»

LOS SACERDOTES

«¡Oh! rayo, heraldo de la guerra, triza
Haz á la imagen infernal de Hecáte,
Y anuncia de su coro los reveses;
Pero también que el vendaval dilate
Lluvia de paz sobre las rubias mieses.»

II

El Hierofante.

En el templo de Zeus, Orfeo
Se presenta con manto de lino;
En los ojos del gran peregrino
Resplandece inefable deseo.

La montaña es asilo de un astro;
En su cíngulo piedras preciosas
Desparraman su luz, misteriosas;
En su cetro hay un sol de alabastro.

Á sus plantas prostérnase el coro,
En sus labios va á hablar el Destino,
Y en su pelo, trigal matutino,
Centellean cigarras de oro.

ORFEO

Soy el que cura por la luz del cielo.
Soy el hijo de Apolo y de Calíope.
Mi sol reina en la noche y en el día;
Llevo la sangre de la casta Musa
Con la sangre del Dios: soy la Armonía.
Tiene mi lira cuerdas melodiosas
Cual los ríos que van al horizonte,
Desde el glorioso monte
De las mirras, las mieles y las rosas.
No mueven roja guerra,
Dan voz de amor al grito,
Y fecundando la encantada tierra,
Se pierden en el mar de lo infinito.
Á una virgen amé. Lloró la Tracia
Al mirarla, gozosa.
Era mi canto, convertido en gracia,
Humana y misteriosa.
Su espíritu era sol, su cuerpo luna,

Su vida firmamento;
Flor de la primavera
En mí dió el fruto de feliz estío;
Si un mortal pensamiento
Palpó la realidad de su quimera,
Fué sacerdote de Zeús, el mío...
Pero la reina altiva
De las bacantes, persiguióla artera,
La vistió de pantera
Y la sedujo, en el cantar lasciva.
Oid. Me precipito. La hechicera
Sonríe llena de rencor de muerte;
Mas trozando la imagen de su Hecáte
Libro á Euridíce del encanto fuerte.
El bosque entero voluptuoso late.
Entre frondas las férulas llamean
Dando espiral de incienso;
Los tirsos perfumean;
Modulan coros su vivir intenso.
Maravillosas fuentes
Manan miel, manan vino;
Se oye el agrio silbar de las serpientes,
Del ruiseñor el trino;
Y con terror profundo
Entre voces aullantes

El dulce suspirar de los amantes
Y el ¡ay! del moribundo.
Al salir de la selva lujuriosa,
Esbelta niña nos detiene, y dice:
Te reclaman las flores, Euridíce,
Tú eres la pura, para ti la rosa.
Mas de la flor se posa
Sobre el pálido seno
Virginal, una abeja;
De áspid es su veneno,
Y Aglaonisa sin amor me deja.
Solitario, no lloro,
Maldiciente, no gimo,
La lira empuño, mi coraje imploro,
Y llego al linde del humano limo.
Tú sabes, fuerza mía
¡Oh! dulce amor eterno,
Con qué luz de suprema melodía
Estremecí las sombras del averno!
Mirad. Penetra el día.
Mi voz henchida de vibrantes sones
Á su Eurídice llama;
Los espectros acuden en legiones
Y su frialdad se inflama;
Hay lágrimas felices

Que responden como ecos,
Se animan las raíces
De los árboles secos.
Y cruzan, con murmurios de laureles,
Perfumes de jacintos y de rosas;
Las Danaides no llenan sus toneles;
Ixión deja sus ruedas pavorosas;
Su sed Tántalo olvida;
Sísifo no alza la rodante peña;
Y ya no sufre en la ilusión mentida
El infierno dolor; yo canto; él sueña.
Plutón, maravillado,
Prorrumpe: *encontrarás tu prometida,*
Pero no mirarás su rostro amado
Hasta llegar al reino de la vida.
Yo marcho. Ella me sigue.
Su obsesión me persigue;
No puedo resistir. Con ansia loca
Ya al punto casi de tocar la boca
De Dite, entre mis brazos la levanto;
Arrebatada entonces por el viento,
Estrella del tormento,
Fúlgida se hunde en el país del llanto.
Pero escuché su voz: *Busca la ansiada*
Verdad, para que pueda tu adorada,

Después del sacrificio,
Subir purificada
Al corazón ardiente de Dionisio.
Á mi horrible amargura
La rápida visión de su hermosura
Mezclaba dulce pena.
Me acosté pensativo
Bajo fecundo olivo,
Transportado del Ática serena.
Aparecióse un Hermes,
—*¿Qué haces?* —me dijo: *¿duermes?*
Toma el báculo y *marcha,*
No temas los ciclones soberanos,
Ni el calor, ni la escarcha.
Busca en el bosque del bambú sonoro
Centenarios ancianos,
Cuyas escuetas manos
Mueven hojas del védico tesoro.
Pasa el paterno Nilo,
Que mece las palmeras;
Á las tumbas desciende, pide asilo
En los templos de Osiris. Las Esferas
Armónicas, los Números sagrados,
Los Astros misteriosos,
Aguardan que reveles á tus hados,

Inmortales destinos victoriosos.
Obedecí por ella
Y por ella templóse el arpa mía;
Fué conductora estrella
Estallante en torrentes de armonía.
Mirad mi obscuro cetro,
Es como alma sin dios; más en lo tetro
Brilla sol de alabastro.
El sol, es sol de la Verdad, Osiris,
Presta á su Fuego un iris:
Hermes y Zoroastro.
Al fulgor de los dioses extranjeros
Añade el suyo nuestro dulce Eros:
El sol que veis es el supremo astro.
Quemad incienso, y escuchad con gozo:
No hay más que un Dios, y es Júpiter, Esposo
De la bóveda azul, divina Esposa.
Fundidos en esencia milagrosa
Un Hijo tienen, Verbo ignipotente,
Inteligencia, espíritu viviente,
Dionisio, fin de trinidad gloriosa.
Quemad incienso y escuchad: Vió un día
Su imagen reflejada
Entre astros, en atmósfera azulada;
La imagen lo atraía;

El amable espejismo
Feliz lo seducía;
Vertiginoso descendió al abismo.
Quemad incienso y escuchad: Sereno
Lo recibe en su seno,
Al son de sus corrientes cristalinas
Y entre aromas de flores purpurinas,
Agreste valle de cantar ameno.
Llegaron los titanes
Que Júpiter hiciera
Con rocas de volcanes
Y espíritus de hoguera.
Quemad incienso y escuchad: Celosos
De la belleza del garzón, furiosos,
Le quitaron la vida,
Al ver que la más recia titanida
Lo palpaba radiante de dulzura.
Reinó un largo momento de pavura;
Temblaron los luceros,
Se inclinaron las flores,
Se acallaron las fuentes;
Los céfiros postreros
Murmuraron amores
Á los ojos murientes;
Luego, en vasta caverna,

Los titanes lo dieron á la pira;
Pero bramando en ira
Descendió, cual relámpago, Minerva.
Un rayo concluyó con la caterva;
Después, subió la diosa,
Y el corazón del mártir, lo echó al éter
Como sangrienta rosa.
El corazón vibrante
Se hizo sol de topacio,
Se hizo sol de diamante,
Y es el rey de la vida en el espacio.
Quemad incienso y escuchad: Nacieron
De los humos del cuerpo de Dionisio,
Los hombres que cundieron
Por la tierra. Nuestra alma es el cilicio
De ella misma; partícula volante
Del manantial radiante.
¡Ah! el doliente destierro,
¡Ah! el difícil destino:
Volver un día sin impuro yerro
Al corazón divino!
Quemad incienso y escuchad: Varones
Del coro de mi templo,
Vosotros sois hogar, los corazones
Se purifican por el santo ejemplo.

Predicad á los hombres y mujeres
El Amor que levanta
Y funde los dos seres
Cual dos aromas de la misma planta.
Predicad la virtud. Y así, el viajero,
Más allá del barquero
Y de la red del infernal abismo
Remontará ligero
Á ser chispa vibrante del sol mismo.»

El Hierofante calla; los sacerdotes mudos,
No elevan de los suelos, humildes, las rodillas;
Contemplan las visiones, cambiantes sobre escudos,
Que rompen en centellas un sol de maravillas.

La voz del Inspirado se escapa del recinto,
Trasciende las montañas con peregrinos sones,
Y agita los santuarios; preparan procesiones
El Ática, la Arcadia, Eleusis y Corinto.

Los odres de perfumes, las ánforas votivas,
Las copas cinceladas, pregonan los misterios;
Ya llegan entre el himno de sus cadencias vivas,
Las cítaras, los sistros, las flautas, los salterios.

El canto reclamante de la Verdad de llama
El gozo del cortejo magnífico eslabona,
Desde los peplos negros, sin luz de Persefona,
Hasta los purpurinos que la Ciprina inflama.

El templo se destaca. Sobre el abismo aleve
La procesión se lanza sonriendo á la Quimera,
Después saluda el bosque, donde el laurel impera,
Vestido con mil rosas de sol, de fuego y nieve.

Y expándese entusiasta su místico deseo
En ditirambo alado, que la Esperanza dora;
Ya encuentran en laureles por acercarse á Orfeo
Los hijos de la noche, presagios de la aurora.

III

La Muerte.

Aglaonisa, con tracios guerreros
Y bacantes cubiertas de pieles,
Acribilla de dardos certeros
El boscaje gentil de laureles.

Desparece después; mas rodea
Con menádes el templo; en sus ojos,
La venganza, que dura chispea,
Vierte breves relámpagos rojos.

Mientras místico coro maldice
Su rencor; el divino Inspirado
Ilumina el dintel, coronado,
De narcisos, la flor de Euridíce.

Parte solo, no lleva su lanza,
Ni su tirso, ni cetro; mas mira
En sus manos vibrantes la lira,
Cual estrella de amor y esperanza.

Llega así al campamento. Las fieras,
Broncas, rugen; vomitan injurias
Las bacantes; las sierpes ligeras
Entremezclan sus frías lujurias.

Lo arremete vivaz remolino,
El vocear de las fauces espanta;
Él escucha la voz del Destino,
Y sereno, magnífico, canta.

El enjambre al oirlo enmudece,
Su silencio es cual rezo que impetra,
El acorde armonioso lo mece,
Honda brisa de paz lo penetra.

Canta Orfeo los perfumes del Titán de la azulada
Región viva, que despierta los torrentes
De sus lumbres en magnífica cascada.
Canta el Sol de los altares,
Adorado por simientes,
Bosques, islas, ríos, mares,
Prados, montes, sotos, fuentes.
Canta el Cosmos, que armonías por él brota
En el giro de las huellas
De su cuadriga, que azota
Con el propio latigazo de sus fúlgidas centellas.

Canta Orfeo los perfumes de las místicas estrellas:
Las que el peplo de Nyx tejen con diamantes,
Las que inspiran nobles sueños de coronas,
Las que brillan rutilantes
En las más lejanas zonas,
Y disipan los terrores
De las noches con sus signos;
Y entre sombras y fulgores
Les revelan á los hombres, días buenos ó malignos.

Canta Orfeo los perfumes inefables
Del gran Zeus; al esposo de las aguas juveniles,
Y las cimas venerables;
Al que pesa allá en su cumbre
Las Justicias, dando á viles
El insomnio de acres hieles
Y á los buenos dulcedumbre.
Al que frota en densas nubes sus broqueles;
Soberano de los flúidos,
Que aniquila viejos mundos
Con torrentes desprendidos
De sus flancos iracundos;
Al que lleva, entre las águilas sagradas,
En los ojos, vivos soles; en la voz, silbante viento;
Ígneos rayos, en las crines erizadas,
Y en el pecho constelado, el firmamento.

Canta Orfeo los perfumes de la gran naturaleza,
La Nodriza de las cosas,
Con fealdad ó con belleza;
La que crea buitres, rosas,
Ruiseñores y cicutas;
La inexhausta, siempre viva
En las flores, en los seres, en las frutas;
La terrible y compasiva;

La que á todo está mezclada,
No ignorando nunca nada;
La que es virgen, siendo madre de verdades é ilusiones,
Que alimenta en sus caminos
Sin cesar, las estaciones,
Y es el fin de los destinos.

Canta Orfeo los perfumes delicados de Afrodita,
De la dulce madre de Eros,
Y en un verbo de inocencia se retrata la infinita
Luz sagrada de sus ojos hechiceros.
Ella tiene ocultas claves
De los seres, ella acuerda á los cabellos
Y al espiritu, destellos
De las Gracias, y en sus llaves,
Honda encierra
El secreto con que se abren los enigmas de la tierra.

Canta Orfeo los perfumes de las Musas melodiosas,
Las que al alma de los hombres abren fuentes,
Que reflejan los Amores y las nubes luminosas,
Fecundando los laureles inmortales de las frentes.

Canta Orfeo, y á las Musas, Afrodita, Sol y Zeus,
Á los Astros y á Natura,

Con su acento más vibrante
De armonía, de belleza, de ternura,
Pide un manto de asfodelos
Que descienda á la bacante
Dulce sueño de los cielos;
Sueño dulce, que, propicio,
Hasta el templo la levante
Á sentir en los Misterios la pureza de Dionisio.

Las panteras silentes,
Las bacantes domadas,
Los guerreros vencidos,
Saludan los acentos nunca oídos,
Y encauzando torrentes
En gentiles cascadas,
Lanzan un grito solo:
¡Salve!, rey de la lira; ¡salve!, Apolo.

Arrojan á los suelos
Las armas de la guerra,
Las flores de la orgía;
Y sintiendo un ardor de poesía,
Elevan á los cielos,
Hincados en la tierra,
Los tirsos, entre llanto,
Tributo al dios del melodioso canto.

Mas llega Aglaonisa
Cercada de guerreros,
Violenta como el rayo.
—«Ea»—ruge, «dejad vuestro desmayo,
Oid sonar la risa
De mis rencores fieros;
No es Apolo, ¡matadle!,
Soldados de la Tracia, acribilladle!»

Las virulentas flechas,
Buscan con brío fuerte
Al poeta divino;
Le taladran el pecho alabastrino
Silbantes y derechas;
Él se desploma inerte,
Después, vivo destello,
Lanza un alfanje al dividirle el cuello.

La hechicera de Hecáte
Feliz se precipita,
Y la cabeza toma;
En su hermosura, la crueldad asoma;
El corazón le late,
Todo su gozo grita,
Y ya su boca alcanza
La otra boca, en un beso de venganza.

¡Ah! los ojos de Orfeo
Vibran terrible llama;
Su gentil cabellera
Desprende suave olor de primavera;
Y la boca del reo,
Suspirante se inflama,
Y á la hechicera, dice:
«¡Oh! armonía del orbe, mi Euridíce.»

Prorrumpe la ribera
En ecos lastimeros;
Arroja Aglaonisa
La cabeza, congélase su risa,
Se aleja en su pantera;
Caminan los guerreros
En silente quebranto,
Y las bacantes huyen con espanto!

IV

Los Funerales.

Encienden sacerdotes las ramas olorosas,
Se cortan el cabello las vírgenes llorosas,
Incienso, vasos, flores, arrojan á la pira;

Y entre las melopeas y cantos plañideros,
Ceñidos por el albo vellón de los corderos,
Los Mystos iniciados recogen la gran lira.

LOS SACERDOTES

«¿Es éste, aquél que descendió al Egipto,
El que á la muerte reveló la vida,
El que á las tumbas arrancó el secreto,
Maestro sublime!

¿Es éste, aquél que iluminara el culto
De los Misterios, Hierofante alado,
Médico dulce de las almas tristes,
Ínclito Orfeo!

Arda en la hoguera de maderos puros,
Y recojamos las cenizas nobles,
En ricos vasos de votivas preces,
Reliquia santa.

Y así se funda con la llama el cuerpo,
Mientras el alma de su cuerpo sube
Al corazón de dionisiaca esfera,
Mártir divino.»

LAS VÍRGENES

¡Ah! no lloremos, al echar las flores,
Por los ojos azules,
Que lucían del sol limpios fulgores,
Y de la luna, tules.

¡Ah! no lloremos, al dejar en coro
Aquí las cabelleras,
Por la que tuvo las espigas de oro
De misteriosas eras.

Lo coronó el espanto del averno
Y la tierra riente;
Y hoy el cielo los mirtos de lo eterno
Pone sobre su frente.

Euridíce gentil, gloriosa hermana,
Ya es dios tu prometido,
Ya tu Sombra lo espera y se engalana,
¡Oh! cuán feliz has sido.

Suspended el narciso perfumado
Sobre el cuerpo de Orfeo,
Nuestro fúnebre coro es himno alado
De inmortal Himeneo.»

LOS MYSTOS

«Él nos mostró de la Verdad el día.
Sus misteriosos ritos,
De profundo dolor y alta alegría,
De muerte hirieron los salvajes mitos.
Al tocar las tinieblas del arcano,
Música y poesía,
Antorchas fueron en su sacra mano.
Cada cuerda vital de su instrumento
Era astro de sonidos
Creadores de la lumbre;
La ley del alma, cual la ley del viento,
Todo vibró en su canto, entre latidos
De la zafírea cumbre.
En el centro fatal de la armonía,
Viviente Numen, el Amor ardía:
La fuerza bienhechora,
Naciente del misterio de la entraña,
Que con divina aurora
Al universo desde el hombre baña.
No herede el templo su gloriosa lira,
Su lira alucinante;
Tampoco acrezca de la noble pira
La llama perfumante.

Mientras el canto de su fama zumba
Y el coro en duelo fraternal suspira,
El Hebro sea su armoniosa tumba.»

En la dulce corriente
Del rumoroso río,
La lira refulgente
Hunde su poderío.
En el fondo vibrante
Del nítido cristal,
Se escucha sollozante
Un treno funeral.
Después, la lira sube;
Después, la lira flota;
Vuela cual una nube
Y da rayos de sol en clara nota.

¡Oh! prodigio, la nota exhala voces,
En ella vibra, al evocar á Orfeo,
La eterna juventud del gran deseo:
Abismarse en el éter con los dioses.

El deseo es un soplo de armonías
De realidad feliz; y palpitante,
Repercute el cantar del Hierofante,
Más ardoroso que en terrenos días.

El sorprendido ruiseñor escucha
En un silencio de atención, espera
Decir el himno á la nocturna esfera,
Y por tomarle sus acentos lucha.

Vuelan sobre la lira bogadora
Con alondras: cigarras, golondrinas;
Se disuelve entre notas cristalinas
La blanca lumbre de triunfal aurora.

Sobre cantiles de las agrias quiebras
Las cabras dejan de mover sus críos,
Y encuentran cual las ágiles culebras
En el cantar frescura de rocíos.

Las cuevas más sombrías y calladas
Dan voz de luz á sus ocultas gotas,
Presienten con placer, alborozadas,
Preciosos dones en las raras notas.

Suspirantes, las fieras más hirsutas,
Demandan al verdor de los helechos,
Y al jaramago de las hondas grutas,
Dulce rumor al fabricarse lechos.

Las montañas inclinan la belleza
De sus bosques, y tienden en doseles,
Á la lira que boga, los rabeles
Sonoros de su vívida maleza.

Las flores, conmovidas en las ramas,
Filtran hilos de miel entre las pomas,
Y nacen bajo ráfagas de aromas
Frutos tan rojos, que parecen llamas.

Vierten cascadas, rumorosos llantos;
Y los celajes en hermosos lejos,
Fingen también cascadas de reflejos
Con los matices de los frescos cantos.

No pueden dar las tumbas en las rocas
Voz al cadáver, de que son guarida,
Mas de asfódelos cúbrense las bocas,
Y así acrecientan el rumor de vida.

Suspenden extasiados los pastores
El modo secular del caramillo,
Y al contemplar la lira, en sus alcores
De hinojos caen, mientras cruza el brillo.

Se iluminan los hielos más distantes
Cual si la luna se encendiese en ellos;
Hay un sol expandido en los cabellos
De los áureos trigales ondulantes.

Cantan de veras las sonrientes viñas
Con los cipreses, y al volver los giros,
Desparraman un soplo de suspiros
Por la verde extensión de las campiñas.

Puestos en la onda los febriles ojos,
Driadas, sátiros, ninfas, y silvanos,
Traen del bosque en sus festivas manos
Cárdenos lirios y claveles rojos.

Creen los ciegos al través de vendas,
Que los destierran de paisajes regios,
Por solitarias y desiertas sendas
Ver los peñascos al sentir arpegios.

Se agitan las ciudades. Espejismo
Nace entre el son de dulces explosiones,
Y desfilan triunfales las visiones
De conquista, grandeza, y heroísmo.

Toda la Grecia siéntese en la lira,
Vivir amando: lucha, canta, crea;
Con amargor desparecer la mira,
Seguir su curso volador desea.

Cálmate ilustre, milagrosa cuna,
Del hijo de la Piéride y Apolo,
No solloces, no muere tu fortuna,
Renacerá cual la onda del Pactolo.

Ya sale á la pradera de esmeralda,
Allí la deja, tu cerúleo río,
Y navega su egregio poderío
Del verde mar en la mudable espalda.

Para dar fin á su carrera hermosa,
Revestidos de nácar y corales,
Le ofrecen los palacios de cristales,
Una tumba de vida misteriosa.

Pero, sigue bogando á los confines;
Atraen sus graciosas cantilenas
Las bandadas saltantes de delfines
Y el risueño tropel de las sirenas.

Más allá del vivir de Triptolemo,
La grave sensación de lo infinito,
Le brinda un eco fraternal de rito
Alzando el himno del amor supremo.

¡Ah! el arpegio de espumas incesantes,
De nereidas, sirenas, y tritones,
De los alados iris revolantes
Y de áureo sol en los gloriosos sones!

Es ¡sí! la lira de la Grecia entera,
Que traspasando su destino acerbo,
Será inmortal, con melodioso verbo,
En ondas de invencible primavera.

Mírala, madre de los dioses, madre
De los héroes y bardos; adelanta
Hacia el poniente sol, su eterno padre;
El horizonte toca; ya se encanta

Rozando visos de su añil-violeta;
Entre celajes de amaranto y oro,
El astro la recoge, cual paleta
Que vé en su tinte su mejor tesoro;

Y en él volviendo, sin falaz quebranto,
Desde el trono imperial del mediodía,
Despeñará torrentes de armonía,
Dándote nimbo de fulgor y canto!

Buenos Aires.

ÍNDICE

RIMAS ROMANAS

TRÍPTICO MITOLÓGICO

